

La pobreza no es la misma ni es igual: Relaciones de poder dentro y fuera del hogar

Sarah Bradshaw

Fundación Puntos de Encuentro

Managua, Nicaragua

Septiembre 2002

Dra. Sarah Bradshaw

La Dra. Sara Bradshaw tiene un doctorado de la Escuela de Economía de Londres (1996) y una maestría en Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Liverpool (1988). Trabaja en la Universidad de Middlesex desde 1994 como Profesora en el Programa de Estudios del Desarrollo de la Escuela de Ciencias Sociales. Trabajó en Nicaragua con apoyo de CIIR/IDC desde 1998 a 2001, primero en la Coordinadora Regional de Investigación Económica y Social (CRIES) y posteriormente en la Fundación Puntos de Encuentro. Durante su estancia en Nicaragua también colaboró estrechamente con la Coordinadora Civil para la Emergencia y la Reconstrucción (CCER), especialmente en la elaboración de la propuesta para la reconstrucción y transformación de Nicaragua presentada por la CCER en Estocolmo, un análisis de la Estrategia Reforzada para la Reducción de la Pobreza de Nicaragua y las diferentes fases de la Auditoría Social dirigida por la CCER.

Sus publicaciones más recientes son las siguientes:

Bradshaw S. (2001) *Relaciones peligrosas: Mujeres, hombres y el Mitch*, Puntos de Encuentro, Managua, Nicaragua.

Bradshaw S. (with Linneker B.J.) (2001) "Challenging Poverty, Vulnerability and Social Exclusion in Nicaragua: Some Considerations for Poverty Reduction Strategies", *The Nicaraguan Academic Journal*, 2:2, 186-224.

Bradshaw S. (with Linneker B.J. and Zúniga R.E.) (2002) "Social Roles and Spatial Relations of NGOs and Civil Society", in C, McIlwaine and K, Willis (eds.) *Challenges and Change in Middle America*, Addison Longman Wesley, Harlow, England.

Reconocimientos

Me gustaría agradecer de primero a todos los miembros del equipo de investigación –Sandra Reyes Arana, Juan Ernesto Trujillo Naranjo, Elena Chevez Bonilla, Loyda Barreda Rodríguez, Aura Lila Mondoy Mercado y Marlon Molina Siles y a todos los que de alguna u otra manera participaron en la investigación dentro de Puntos de Encuentro. Gracias también a todas aquellas personas que leyeron el borrador del documento e hicieron útiles comentarios, especialmente Ana Criquillion, Irela Solórzano y Brian Linneker y a Teresita Hernández y Helena Ramos por su trabajo en el documento final. Todos los errores son exclusivamente míos.

También agradezco a todas aquellas personas y organizaciones, en especial a Jeaneth Corrales, que hicieron posible la presentación de los resultados en Managua, León, Esteli y Ocotal, y compartieron sus propias experiencias sobre el tema: Martha Cranshaw, Ana Quirós, Sara Henríquez, Rosa Argentina Rugama, Zelmira Flores, Haydée Castillo y Guadalupe Valenzuela.

Agradezco también al CIIR/ICD y a la Universidad de Middlesex en el Reino Unido por apoyar mi trabajo en Nicaragua y a la Embajada Real de los Países Bajos por financiar la investigación y la publicación de este libro y a las organizaciones dentro de las comunidades que apoyaron la realización de la investigación.

Finalmente, y de mayor importancia, quiero agradecer a todas las mujeres y hombres de las comunidades que dieron su tiempo para hablar con nosotros.

Sarah Bradshaw – *Managua Septiembre 2002*

Contenido

Reconocimiento	2
Síntesis	4
Primera sección: Contexto y metodología	7
Introducción	
Estructura del documento	
Conceptualizaciones de pobreza y bienestar	
Causas de la pobreza de las mujeres	
El contexto de pobreza en Nicaragua	
El contexto de las políticas en Nicaragua	
Metas y objetivos de la investigación	
Metodología	
Segunda sección: Pobreza y bienestar relativos	23
Características y localización de las comunidades estudiadas	
El bienestar relativo en las comunidades	
Inseguridad y violencia	
Vulnerabilidad económica	
Resumen	
Tercera sección: Cómo sobreviven los hogares	31
Relaciones familiares y composición del hogar	
Empleo y estrategias de vida	
Capital social:	
Redes sociales	
Organización	
Participación	
Resumen	
Cuarta sección: Los sitios de pobreza según el género	39
Mercado laboral	
Sistemas e instituciones sociales	
Los hogares	
Resumen	
Quinta sección: Conclusiones y recomendaciones	48
Diferentes maneras de vivir la pobreza según el espacio	
Diferentes maneras de vivir la pobreza entre y dentro de los hogares	
Diferentes maneras de vivir la pobreza en el transcurso del tiempo	
Resumen de resultados fundamentales y recomendaciones	
Bibliografía	54

Síntesis

Los primeros críticos de la medición de la pobreza vía el ingreso y el consumo enfatizaban ya la necesidad de analizar los recursos disponibles de diferentes grupos de personas en el pasado, para describir su posición actual dentro de una sociedad. Sin embargo, estos métodos de medición de la pobreza, continuaron teniendo popularidad en los discursos oficiales y ejerciendo su influencia en el contexto de las políticas actuales sobre la pobreza. El caso nicaragüense no es la excepción, y la estrategia gubernamental actual de reducción de la pobreza se basa en este tipo de conceptualización estática y descriptiva. Las mediciones oficiales de la pobreza no sólo son incapaces de aprehender la naturaleza dinámica de la privación y el bienestar en su multidimensionalidad, sino que, en lugar de visibilizar las diferencias, las esconden. La retórica del Banco Mundial sobre la pobreza recalca que se ha apartado de la formulación de políticas de 'talla única', resaltando la necesidad de que cada país elabore sus propias estrategias de reducción de la pobreza, tomando en cuenta la extensión, naturaleza y causas específicas de la pobreza, según el contexto particular de cada país. Sin embargo, a pesar de que la idea de que la base para el cambio son los elementos comunes estructurales globales ha quedado relegada, abriendo espacios a favor de tomar en cuenta las diferencias específicas de cada país; el considerar la diversidad al interior de las naciones todavía no se ha constituido como un eje central en la discusión. Los resultados de la investigación que aquí se presentan, resaltan las diferencias existentes tanto *entre* como *dentro* de las comunidades y hogares, respecto a cómo las personas viven la pobreza y el bienestar relativos, y sugieren la necesidad de políticas a nivel micro que tomen en cuenta estas diferencias.

La investigación intentó considerar la pobreza dentro de un contexto más amplio de privación, partiendo de que el bienestar no está determinado únicamente por los ingresos y gastos sino por factores sociales, ambientales y organizacionales. Las respuestas de las mujeres entrevistadas muestran que en un país como Nicaragua es razonable sugerir que se deben de adoptar políticas que apunten a garantizar la satisfacción inmediata de las necesidades básicas, como, por ejemplo, el hambre, dado que para muchas mujeres, ser pobre significa tener hambre. También existen concepciones más amplias sobre la privación, que incluyen elementos no materiales, que son un 'lujo' que muchas personas no pueden darse. La inseguridad y la violencia también preocupan a las mujeres entrevistadas. Aunque académicos y profesionales fuera del ámbito académico conciben la inseguridad cada vez más en términos de la amenaza de parte de otras personas –por lo general, hombres jóvenes privados de derechos civiles– la 'amenaza' ambiental en forma de 'desastres' focalizados de gestación lenta y larga duración, como las sequías, sigue siendo fuente de preocupación para las mujeres entrevistadas. Los altos niveles de inseguridad frente a otro desastre repentino, como el huracán Mitch, también patentizan cuán pocos avances han habido y cómo un acontecimiento de este tipo puede seguir influyendo sobre el bienestar de las comunidades.

Las personas que trabajan a partir del marco de vulnerabilidad han sugerido desde hace tiempo la necesidad de enfocar la atención en cómo las personas utilizan sus recursos para resistir golpes tanto 'naturales' como económicos. El empleo es el primer activo importante dentro de este marco. Hasta cierto punto, los resultados de la investigación respaldan la necesidad de incrementar las oportunidades de empleo. Sin embargo, también destacan las limitaciones que tiene este tipo de iniciativas cuando no están acompañadas de otros elementos. Los resultados ponen en relieve la ausencia de por lo menos un salario regular fijo dentro de muchos hogares, en particular hogares de jefatura femenina. Sin embargo, la investigación también resalta que los planes para integrar más mujeres a la fuerza de

trabajo, que en teoría podrían mejorar su situación, necesitan tomar en cuenta los obstáculos estructurales o sociales que pueden existir, como las ideas arraigadas sobre los roles y responsabilidades de género.

Asimismo, la investigación cuestiona el beneficio real que puede traer el empleo de las mujeres respecto al bienestar económico general del hogar. Los resultados sugieren que cuando las mujeres trabajan, sus ganancias no complementan las ganancias del 'jefe' masculino sino que las sustituyen, ya que éste retiene una amplia proporción de su dinero para consumo personal. Por consiguiente, también son cuestionables los beneficios de 'empoderamiento' que la generación de ingresos puede traer a las mujeres; al menos, es necesario tomar en cuenta que tal empoderamiento no ocurre de manera directa y simple. Si bien las mujeres pueden adquirir mayor voz a través de su contribución económica al hogar, esto puede lograrse a costa de mayor conflicto y por tanto un menor bienestar social. Testimonio de esto son los beneficios que las mujeres jefas perciben respecto a gozar de una vida más tranquila o con mayor control.

El marco de vulnerabilidad también sugiere la necesidad de tomar en cuenta los activos no materiales –como, por ejemplo, las relaciones familiares y el capital social– al hacer consideraciones generales sobre el bienestar relativo. Por lo general, tomar en cuenta las relaciones familiares implica enfocar la atención en la puesta en común de ingresos y en las actividades para compartir el consumo, de acuerdo a los primeros trabajos académicos que enfatizaban que los hogares extendidos, más que un regreso a épocas más 'tradicionales', constituían una respuesta económica racional a la crisis. Sin embargo, la investigación destaca que extender los hogares puede partir de la necesidad más que de la satisfacción de esa necesidad, dado que en las comunidades estudiadas donde existen hogares extendidos, también existe la tendencia a incorporar miembros no productivos, más que miembros potencialmente productivos. Las y los hijos de la prole adulta, en particular las y los hijos de las hijas, vivan en el hogar o no, constituyen una proporción considerable de los componentes de extensión del hogar. Su presencia, por tanto, más bien diluye que expande el fondo común de ingresos existente.

Igualmente, el análisis del capital social sugiere que las reservas actuales pueden estar agotadas o que funcionan exclusivamente en un número limitado de casos. Por ejemplo, las redes familiares de reciprocidad e intercambio parecer ser importantes para las mujeres jóvenes y mayores, en tanto que el flujo de recursos se da entre padres e hijas e hijos en ambos extremos del espectro de edad. Fuera de las redes de parentesco, destaca la importancia que adquieren las redes más amplias de organización comunitaria para incrementar la idea de que sí existe ayuda disponible en la comunidad en tiempos de crisis. Por ende, este elemento se presenta como un área de formulación de políticas que debe de ser apoyada. Esto no significa que sea necesario incrementar el número de 'intervenciones' externas en las comunidades, ya que la investigación sugiere que, a pesar de que existe la percepción de que hay muchas organizaciones trabajando en las comunidades, la percepción de las mujeres es que son pocos los beneficios personales que ellas obtienen al involucrarse en estos proyectos, y las tasas de participación son bajas. El desafío es respaldar y promover las iniciativas de la comunidad ya existentes más que desarrollar proyectos verticales de desarrollo.

También es importante reconocer que los planes que promueven o fortalecen el capital social necesitan tomar en cuenta aquellos factores que tienen un impacto negativo en las bases del capital social. La inseguridad, el conflicto y la violencia son factores importantes que sirven para limitar la acumulación de reservas de capital social. Es por tanto importante

reconocer la violencia como un problema de desarrollo, tomando en consideración no únicamente la violencia dentro de la comunidad sino al interior del hogar. A pesar de repetidos llamados a considerar la violencia hacia las mujeres y la niñez como asunto de salud pública, ésta continúa siendo concebida como un asunto privado. Sin embargo, la violencia al interior del hogar, como sugieren los resultados de la investigación, está ligada a factores socioeconómicos a nivel de la comunidad y de la sociedad, y en especial, a las concepciones imperantes de la masculinidad.

La socialización sobre lo que significa 'ser mujer' u 'hombre' se da a todos los niveles; no obstante, la educación es un sitio importante donde las personas aprenden los roles que tienen que jugar dentro de la sociedad. Los resultados de la investigación sugieren que los ideales estereotipados de lo que significa 'ser hombre' o 'mujer' continúan teniendo arraigo en la sociedad y que el sistema educativo se concibe como un medio para asegurar que éstos se cumplan. Aunque dichos ideales existen, de alguna manera contradicen la realidad. Por ejemplo, el ideal de las mujeres como amas de casa está en contradicción con la necesidad económica de las mujeres de generar ingresos y la necesidad macroeconómica de contar con mano de obra femenina preparada para trabajar en las maquilas y el sector servicios. Estas contradicciones tienen implicaciones importantes no solamente para las mujeres involucradas sino también para los planes de reducción de la pobreza, dado que si no se toman en cuenta, pueden limitar los posibles beneficios de estas políticas.

Primera sección: Contexto y metodología

Introducción

Se considera que Nicaragua es actualmente el segundo país más pobre del hemisferio occidental, superado en esta escala negativa únicamente por Haití. En Nicaragua dos quintas partes de la población no tienen acceso a agua potable; tres cuartas partes carecen del servicio de aguas negras (alcatarillado sanitario) y dos quintos de las y los niños pobres padecen de desnutrición. Este país tiene el nivel más alto del mundo de deuda externa *per cápita* y en 1997, gastó en pagar el servicio de la deuda dos veces y media más que en educación y salud (Oxfam, 1998). En 1998, según las cifras del Banco Mundial, el ingreso *per cápita* de Nicaragua era el más bajo de Latinoamérica. Según el criterio de la mayoría de especialistas en la materia, dentro de este contexto de pobreza generalizada las mujeres representan un subgrupo particular de pobres que se caracteriza por encontrar empleo dentro de una estrecha gama de ocupaciones, recibir bajos salarios y depender económicamente de los hombres proveedores.

La pobreza de las mujeres se manifiesta a diferentes niveles, o dicho de otra forma, existen diferentes sitios de pobreza para las mujeres: a nivel social, la posición que las mujeres ocupan en la sociedad está influenciada por la discriminación institucionalizada hacia ellas en el mercado de trabajo y dentro de los espacios políticos; a nivel de la comunidad, las normas de género configuran los roles y responsabilidades que las personas asumen, y dentro del hogar, las relaciones desiguales de poder entre los géneros sirven para reforzar la pobreza relativa de las mujeres.

La posición de las mujeres no puede mejorar si no se toma en cuenta la manera particular en que experimentan la pobreza. Las formas que se emplean actualmente para medir la pobreza no parten de la comprensión real de estas experiencias diversas, no sólo debido a la falta de datos disponibles desagregados por sexo a nivel nacional, sino porque los medios convencionales de medición de la pobreza no pueden aprehender las desigualdades de género existentes en el acceso y control de los recursos. Por consiguiente, un primer paso para avanzar en la discusión sobre la pobreza relativa de las mujeres es investigar cómo ellas viven la pobreza.

Sin embargo, al examinar la pobreza no es suficiente considerar únicamente las diferencias entre mujeres y hombres; es necesario también tomar en consideración las diferencias entre las mujeres, que obedecen, en parte, a diversos factores del curso de vida de cada una de ellas. Por lo tanto, la edad interactúa con otros eventos claves, como el nacimiento de las hijas e hijos, matrimonio, divorcio y viudez. Debido a todos estos factores, en los debates sobre la pobreza y la reducción de la pobreza no existe una respuesta 'correcta' sino muchas respuestas equivocadas (Healey *et al*, 1999).

Aunque en los últimos años un renovado enfoque en las mujeres ha tomado fuerza en los discursos oficiales sobre la pobreza y sobre las políticas de reducción de la pobreza, por lo general, el género ha sido incluido más bien como una variable del problema de la pobreza y las mujeres son vistas como proveedoras de servicios y no como personas con derechos, necesidades y agendas propias. Más aún, los parámetros oficiales para medir la pobreza continúan adoptando como base el ingreso y el consumo, es decir, se basan en indicadores numéricos sobre la medida en que las personas pueden comprar una canasta básica de productos, a pesar de las críticas hechas a estos enfoques y del desarrollo de indicadores alternativos de pobreza (Véase Chambers, 1995; Wratten 1995).

La estrategia de reducción de la pobreza propuesta por el Gobierno de Nicaragua¹ no es la excepción, ni tampoco lo es la reciente iniciativa del Banco Mundial denominada Estrategia de Reducción de la Pobreza (ERP), que constituye el marco político donde la primera se inserta.

Estructura del documento

Esta primera sección presenta el contexto teórico conceptual de la investigación sobre el tema de la pobreza y las políticas que se derivan de éste. Presenta las diferentes maneras en que se ha conceptualizado la pobreza y la privación y de qué manera éstas han sido medidas y analizadas en los últimos años. Asimismo aborda las causas de la pobreza de las mujeres y en qué medida éstas han sido integradas en los discursos oficiales. Presenta luego el análisis del contexto actual de la pobreza en Nicaragua basándose en las mediciones oficiales de la pobreza dentro del marco de las políticas generales implementadas para enfrentar la pobreza, haciendo una crítica de éstas. La sección finaliza con las metas, objetivos y la metodología utilizada en el estudio.

La segunda sección plantea el tema de la pobreza relativa y el bienestar en las comunidades estudiadas. Inicia presentando las características de las comunidades y de los hogares dentro de esas comunidades. Presenta luego una serie de problemas que afectan la vulnerabilidad relativa de dichas comunidades, como seguridad ciudadana, violencia y deterioro del medio ambiente. También expone una serie de indicadores relativos a la vulnerabilidad económica para mostrar las muy diversas formas en que las comunidades y hogares experimentan el bienestar.

La tercera sección enfoca cómo las personas utilizan los recursos disponibles. Partiendo una vez más del marco de vulnerabilidad, examina algunos factores importantes relacionados con la habilidad de los hogares para afrontar adversidades; también estudia las relaciones familiares, el trabajo y diferentes modos de vida y el capital social vía el análisis de las redes de reciprocidad e intercambio y la organización y participación de la comunidad en proyectos. Aborda de manera particular el acceso y control diferenciado que las mujeres tienen en cuanto a los recursos.

La cuarta sección presenta una serie de sitios o espacios donde se produce y reproduce la pobreza de las mujeres. Se centra de una manera particular en dos sitios de importancia, dado el lugar que éstos ocupan dentro de la ERCERP del Gobierno: el mercado de trabajo y el sistema educativo. También analiza el hogar como un sitio importante para explicar las experiencias diferenciadas por género de la pobreza. Al final de esta sección presenta las conclusiones generales y recomendaciones.

Conceptualizaciones sobre pobreza y bienestar

La ahora famosa presentación de MacNamara al Banco Mundial, en 1973, inició los debates sobre la mejor manera de definir y medir la pobreza. A partir de esa fecha han habido amplias discusiones sobre las diferentes conceptualizaciones del término 'pobreza' entre las personas y organizaciones que trabajan dentro del campo del 'desarrollo'. Sin embargo, no se ha llegado a consenso (véase McIlwaine, 2002 para mayor discusión). En principio es importante señalar que el significado del término pobreza ha estado constantemente sujeto

¹ En Nicaragua, el Gobierno denominó la estrategia de reducción de la pobreza Estrategia Reforzada con Crecimiento Económico para la Reducción de la Pobreza (ERCERP).

al debate. En los últimos años el significado y utilidad del concepto se han complicado aún más, puesto que ha sido concebido dentro de conceptualizaciones más amplias de privación relativa, dejando de ser aceptado como indicador único de dicha privación. A partir de las críticas de la definición de pobreza como ingreso o consumo y del reconocimiento de que la relación entre el nivel de ingreso y de consumo y otras formas de privación, como riesgos ambientales, crímenes, violencia, es a menudo débil (UNCHS,1996: 108-9), se desarrolló el concepto de vulnerabilidad dentro de los discursos oficiales como un intento para incluir elementos más subjetivos de bienestar.

El concepto de vulnerabilidad es especialmente interesante, ya que algunas personas del propio grupo del Banco Mundial realizaron trabajos en este campo (véase por ejemplo el trabajo de Moser, 1996). Se considera que la vulnerabilidad es un concepto útil dentro del contexto de desarrollo por ser dinámico, en contraposición al concepto de pobreza, que es estático y describe solamente la situación de las personas en un momento determinado en el tiempo, mientras la vulnerabilidad parte de que las situaciones de las personas cambian y pueden cambiar. Para describir la posición actual de las personas dentro de la sociedad, dicho concepto no se limita a analizar el acceso de los diferentes grupos de personas a los recursos disponibles, sino que proporciona pistas sobre cómo las personas pueden utilizar esos recursos para cambiar su situación.

Aunque con frecuencia la idea de 'vulnerabilidad' tiene una connotación negativa en tanto que sugiere limitaciones o 'falta de', gran parte de las investigaciones hechas en este campo han intentado visibilizar lo 'positivo', para llamar la atención sobre cómo las personas utilizan los recursos que tienen y las estrategias que adoptan para enfrentar y resistir las crisis. Este enfoque de la vulnerabilidad tiene que ver con los activos económicos y sociales existentes y a quien pertenecen (Moser, 1996: 24), entendidos como trabajo, capital humano, recursos productivos (como tierra y vivienda), las relaciones dentro del hogar (con hincapié en la puesta en común de ingresos y el consumo compartido) y el capital social (que se refiere a la capacidad de hacer demandas entre sí que tienen los hogares dentro de una comunidad basándose en los lazos sociales que los unen). La dinámica de la vulnerabilidad descansa, entonces, en las estrategias que las personas pobres adoptan para resistir las crisis diversificando y movilizándolo su base de activos (para una mayor discusión, véase McIlwaine, 2002).

El trabajo de Sen (1984) también tuvo gran influencia dentro de este contexto. En su trabajo original él fue pionero en analizar la hambruna señalando, contrario a los análisis usuales de ese tiempo que explicaban este fenómeno como resultado de fracasos en los cultivos, que morir de hambre era producto del hecho de no estar habilitado para acceder a los alimentos disponibles y no a un problema de falta de alimentos *per se*. En trabajos posteriores centra firmemente su análisis en el concepto de bienestar –medido por las libertades positivas que una persona tiene– en oposición al concepto de 'pobreza' entendida como la posibilidad de tener o no un bien material. Su trabajo posterior se desarrolla sobre la base de estas ideas sobre dotaciones (o lo que podría describirse como la 'maleta' de activos potencialmente productivos que una persona tiene) y habilitaciones (la habilidad para allegarse recursos, como, por ejemplo, alimentos, que esta 'maleta' trae consigo vía las diferentes relaciones sociales, morales y del mercado). La obra de Sen aboga por un cambio en el objetivo fundamental de las políticas que tradicionalmente tratan de garantizar que las personas tengan el producto, por ejemplo, arroz. Para Sen, la importancia de tener un producto o un bien consiste en que éste influye en la capacidad de una persona para funcionar; por ejemplo, el arroz le proporciona a un individuo o individuo la capacidad de vivir sin una deficiencia calórica. A su vez, la capacidad de una persona para funcionar

determina lo que puede o no puede hacer, lo que puede o no puede ser; de ahí la idea de libertades positivas (véase también Sen, 1999). Este enfoque sugiere entonces que el énfasis debe de estar en las capacidades, como se ha señalado en el concepto de vulnerabilidad, pero es más importante aún la necesidad de centrar la atención en el derecho a elegir, decidir y tomar el control de la propia vida.

Quizás, una de las conceptualizaciones más amplias de bienestar es la de Nussbaum (1995), quien desarrolló la idea de 'capacidades humanas funcionales básicas' que incluye aquellos elementos que definen a un ser humano (como la capacidad cognitiva, entendida como la habilidad de pensar, percibir e imaginar). Implica un rango más amplio y un alcance mayor:

- ✍ Tener la capacidad de vivir una vida cumpliendo con la esperanza de vida normal de un ser humano, tener buena salud, nutrición adecuada y abrigo; poder movilizarse de un lugar a otro, tener la oportunidad de satisfacer deseos sexuales y tener la capacidad de decidir sobre la propia reproducción.
- ✍ Tener la capacidad de evitar sufrimientos innecesarios e inútiles y en la medida de lo posible, tener experiencias placenteras.
- ✍ Tener la capacidad de utilizar los sentidos; de imaginar, pensar, razonar de manera informada y cultivada por un sistema educativo adecuado.
- ✍ Tener la capacidad de establecer vínculos con cosas y personas más allá de nosotras y nosotros mismos; de amar a las personas que nos aman y cuidan, y de llorar su ausencia.
- ✍ Tener la capacidad de construir un concepto del bien y de hacer una reflexión crítica para la planificación de la propia vida.
- ✍ Tener la capacidad de reconocer y mostrar preocupación por el bienestar de las y los otros, de tener empatía y compasión.
- ✍ Tener la capacidad de vivir y preocuparse por los animales, plantas y la naturaleza en general.
- ✍ Tener la capacidad de reír, jugar, gozar de actividades recreativas.

Las obras de Sen y Nussbaum, junto con los trabajos, quizás más conocidos, de Chambers en los 90s, sugieren que se ha avanzado mucho en ampliar los conceptos de pobreza y de bienestar, para incluir el acceso y control de recursos, derechos y libertades. En Europa, de hecho, a medida que surgieron nuevos enfoques sobre la 'pobreza', también surgió un nuevo concepto, exclusión social, para aprehender mejor esta situación.

Inicialmente el concepto de exclusión social se desarrolló en Europa como respuesta a un conjunto de problemas asociados con el desempleo a largo plazo, los trabajadores no calificados e inmigrantes (IILS, 1996). Puede utilizarse como un concepto analítico que enriquece la discusión sobre las políticas de erradicación de la pobreza en tanto que permite abordar de manera más integral los resultados de la pobreza. Permite analizar los aspectos materiales y no materiales de las desventajas sociales, resalta los diferentes procesos a través de los cuales las personas caen en situación de pobreza y las posibles maneras para escapar de ella. El enfoque comprende los aspectos distributivos de las desventajas –variaciones en el ingreso, la riqueza y el consumo– y los aspectos relacionales, como los patrones ocupacionales más notables, participación social y los derechos. El análisis de las causas de la exclusión social complementa otros enfoques más económicos.

Si bien existen diferentes definiciones del concepto de exclusión social, por lo general se refiere al proceso de desintegración social en el sentido de ruptura progresiva de las relaciones entre el individuo o individuo y el Estado. Con frecuencia se cuestiona su

aplicabilidad fuera del contexto europeo, donde las relaciones individuo-Estado han sido formales y donde está claramente delineado de qué están siendo excluidas las personas, y lo que implica esta exclusión para su bienestar.

Estudios en otros países (IILS, 1996) muestran la complejidad de aplicar el concepto en cualquier otro lugar. Por ejemplo, en la India se encontró que no es la exclusión de la sociedad la que produce pobreza, sino más bien la inclusión en una sociedad basada en estructuras jerárquicas estrictas. En Tailandia existen datos que también señalan la necesidad de tener cuidado en definir las relaciones entre la exclusión social y la pobreza, puesto que hay evidencias de que los niveles de pobreza han disminuido, mientras, aparentemente, la exclusión social ha aumentado.

Podemos ver que la exclusión social comprende, en parte, el concepto de capital social y ayuda a avanzar en la discusión sobre este activo potencialmente productivo (Véase Putman, 1993). Se considera que el capital social es un atributo tanto de 'gobierno' como de la 'sociedad civil' que facilita la acción colectiva para beneficio mutuo de un grupo tan pequeño como un hogar, o tan grande como una nación (Knack, 1999). 'El capital social gubernamental' es definido por aquellas instituciones que inciden en la habilidad de las personas para cooperar en beneficio mutuo, y en este contexto, autores como Collier (1998) han enfatizado la importancia de elementos como las libertades civiles, el Estado de Derecho, la obligatoriedad del contrato, como claves para aumentar las reservas de capital social. La idea es que a nivel macro, la cohesión social y el compromiso cívico pueden fortalecer la gobernabilidad democrática (Almond y Verba, 1963), mejorar la eficiencia y la honestidad en la administración pública (Putman, 1993) y mejorar la calidad de las políticas económicas (Easterly y Levine, 1997).

El 'capital social civil' –definido como valores, normas, redes informales y formas de asociación a organizaciones y grupos que inciden en la capacidad de las personas para trabajar juntas en aras de alcanzar objetivos comunes– también influye en el desempeño económico a través de canales microeconómicos y macropolíticos. A nivel micro –individuos e individuos, hogares y comunidades– el capital social es pensado como un beneficio que las personas obtienen a través de su participación en redes sociales e instituciones, que pueden utilizar o al cual pueden acudir cuando lo necesitan. Al igual que otras formas de capital, el capital social es productivo, en el sentido de que es posible utilizarlo para obtener beneficios que no sería posible obtener de estar éste ausente. Con el tiempo se construyen reservas de capital social como un subproducto de otras actividades y procesos sociales. No obstante, es importante no caer en la trampa de aceptar la noción simplista de capital social como algo siempre y necesariamente bueno para 'las y los pobres' (Para mayor discusión, véase McIlwaine, 2002).

En primer lugar, el capital social y las relaciones sociales en que se basa, pueden en realidad estar arraigadas en las estructuras y relaciones sociales desiguales existentes y reforzarlas más que transformarlas; así que, si bien todas las personas pueden "ganar" con estas relaciones, no todas ganan en la misma medida (véase Beau 1977). Profundizando más en esta idea, también se ha argumentado que como el capital social es un recurso disponible a través de redes sociales, los recursos obtenidos por una persona serán a costo de la pérdida de recursos de otra persona. Puesto de otra manera, aumentar el capital social para algunas personas implica incrementar la exclusión social para otras (ver Harris y Renzio, 1997 para el debate). Es también importante analizar la existencia de la noción perversa de capital social. El hecho de formar parte de un grupo, aunque produzca beneficios para sus

integrantes, tiene un impacto negativo en otros grupos de personas (Rubio, 1997; Moser y McIlwaine, 2001)².

De esta manera, el capital social puede ser visto como un concepto relacional, es decir, que los beneficios positivos que trae para un grupo pueden darse a expensas de otro grupo, cuyos integrantes no reciban esos beneficios o de hecho experimenten un impacto negativo. Por tanto, es necesario tomar en cuenta los distintos intereses que compiten entre sí. Estos intereses también son inherentes al último tema desarrollado en este campo que trataremos aquí, el enfoque en 'derechos'.

Dicho enfoque propone como principal objetivo de desarrollo alcanzar los derechos humanos al sugerir que se puede utilizar el marco internacional de derechos humanos existente como el 'andamiaje' de las políticas de desarrollo (Véase ODI, 2000 para una mayor discusión). A pesar de que el enfoque en derechos humanos básicos puede considerarse un tanto abstracto y que no toma en cuenta la pobreza real y la necesidad de satisfacer las necesidades básicas, es importante señalar que ha dado pie para conceptualizar dos conjuntos fundamentales de derechos: los derechos civiles y políticos (Derechos CP), que son aquellos que por lo general son concebidos como 'derechos humanos' y aquellos derechos económicos, sociales y culturales (Derechos ESC) que incluyen el derecho a alimentación, vivienda, empleo, etc., y que reciben el nombre de 'derechos cotidianos'. El derecho a vivir libre de privaciones que conceptualiza la pobreza está contenido dentro de este marco más amplio.

Pensar en términos de derechos, sin embargo, introduce nuevos problemas sin que necesariamente 'resuelva' los problemas de priorización más sensibles. Por ejemplo, existen problemas que atañen a los derechos individuales y colectivos (hasta qué punto una persona que no actúa conforme las reglas colectivas puede esperar contar con derechos colectivos) y problemas de decisión entre derechos que están en conflicto (por ejemplo, el derecho a la vida de una mujer y de un feto). Más aún, al querer reforzar los derechos universalmente aceptados, surgen otros problemas inherentes; por ejemplo, el derecho a la soberanía nacional puede entrar en incompatibilidad cuando existe una demanda internacional para reforzar otros derechos.

Sin menospreciar los puntos arriba mencionados, un enfoque al desarrollo basado 'en derechos' ofrece en términos prácticos una vía para abordar el género dentro del contexto del mundo en desarrollo. Por ejemplo, temas importantes relacionados con las maneras en que las mujeres viven la privación o el 'malestar', como por ejemplo, la violencia, pueden ser puestos en primer plano dado que existe el marco internacional para promover estos temas bajo el derecho a vivir libre de 'tortura, maltrato o castigos inhumanos o degradantes'. No obstante, hasta la fecha, aún encontramos resistencias a hacer este tipo de adaptaciones dentro del marco internacional (véase Chinkin, 1995). Por ejemplo, si bien la violencia hacia las mujeres es importante para comprender su bienestar relativo aún no es tomada en cuenta en las discusiones sobre pobreza, privación y desarrollo.

Aunque en las últimas décadas ha avanzado la comprensión del bienestar y la privación relativa, es importante recordar que cada nuevo concepto trae consigo su propia complejidad. El mayor problema que enfrentan las conceptualizaciones más amplias y

² El ejemplo más común utilizado en este contexto es el de las pandillas y sus miembros; si bien la existencia de una pandilla tiene un impacto negativo a nivel de la sociedad en su conjunto, hay ganancias fuertemente positivas para sus integrantes a nivel individual. Aquí el aumento de capital social para un miembro particular de la pandilla no sólo niega a otras personas la misma oportunidad de "mejorar" su situación, sino realmente impacta negativamente en el bienestar de otras personas.

abarcadoras es su naturaleza 'cualitativa' o 'subjetiva', lo que significa que no se pueden generalizar ni comparar, ya que no proporcionan datos que puedan ser comparables dentro y entre países o una gama de privación relativa.

Por último, existen consideraciones filosóficas o epistemológicas que influyen sobre lo que los discursos oficiales consideran medidas adecuadas o consistentes. Los ideales 'positivistas' de objetividad promueven las medidas cuantitativas o numéricas como científicas y por lo tanto aceptables. Sin embargo, también existen otros elementos, que pueden considerarse más ideológicos que epistemológicos, que influyen en los debates alrededor de la definición de buenos indicadores de pobreza y bienestar. Serán considerados dentro de la discusión sobre las causas y resultados de la pobreza relativa de las mujeres.

Causas de la pobreza de las mujeres

Aunque en los últimos años se ha incrementado la discusión sobre las diferentes maneras de conceptualizar la pobreza y la mejor manera de medirla, se ha puesto poca atención a las causas de la pobreza. Dentro de este contexto es útil la síntesis de Killick's (1999) sobre dichas causas. Señala que existen 3 factores relacionados con la pobreza relativa:

1. ***Ingreso y productividad.*** Tomando el crecimiento económico como factor dominante, Killick considera que la pobreza es resultado de un ingreso y productividad inadecuados, en especial dentro de la agricultura y otras actividades rurales y dentro del sector informal urbano. Los activos de los pobres tienen baja productividad debido al acceso inadecuado a la educación y otros servicios. Carecen de habilidades 'modernas' y en consecuencia, su capacidad para participar en procesos productivos modernos es débil.
2. ***Factores sociopolíticos:*** La dependencia económica es un factor que perpetúa la pobreza. Las relaciones de poder, o mejor dicho, la falta de poder para intervenir en el mercado que tienen los pobres se alimenta de un débil poder político vía la existencia de estructuras no democráticas.
3. ***Desigualdad.*** Dado que el acceso al empleo es de gran importancia para los pobres, como una fuente de ingresos directa e indirecta (remesas), el crecimiento intensivo de capital junto con un crecimiento débil de la creación de empleos, perpetúa la pobreza.

Continúa más allá afirmando que "las desigualdades *dentro de los hogares* (subrayado del autor) son otro aspecto que hay que considerar. Estas desigualdades, por lo general, ponen a las mujeres en desventaja..." Aunque después afirma que en consecuencia, "en la actualidad es universalmente aceptado que la dimensión de género requiere especial atención al analizar la pobreza," su propio análisis demuestra claramente lo que sucede en realidad en la actualidad en tanto que Killik mismo no toma en cuenta el género en tres de las cuatro categorías que él menciona, al colocar a las mujeres aparte en su 'propia' categoría, el hogar.

En muchos sentidos ha habido pocos avances más allá de la vieja idea de "añadir mujeres y listo", colocándolas dentro de los marcos ya existentes y ubicándolas en categorías separadas y marginales, en lugar de partir del análisis de su situación particular actual.

Al considerar las causas específicas de la pobreza relativa de las mujeres, o dicho de otra forma, la base de la experiencia diferenciada por género de la pobreza, es posible identificar tres factores que contribuyen a esta situación:

1. **Las mujeres tienen menores posibilidades de traducir su trabajo en ingresos.** Esto ocurre debido a que las mujeres tienen el trabajo doméstico bajo su exclusiva responsabilidad, sus actividades productivas se consideran 'ayuda' a los hombres y se concentran en sectores que son extensión de su rol reproductivo (y por lo tanto tienen salarios bajos) y/o se encuentran dentro del sector informal de la economía.
2. **Cuando las mujeres tienen ingresos, enfrentan más dificultades para poder decidir cómo utilizarlos, es decir, enfrentan más dificultades para transformarlos en capacidad de decisión.** Las distintas percepciones sobre el valor de su contribución al hogar, las normas sociales, la autoestima y la autonomía relativa influyen en su capacidad para tener voz dentro de los procesos de toma de decisiones.
3. **Cuando las mujeres sí toman decisiones, es menos probable que tomen las decisiones que lleven a mejorar su bienestar personal y es más probable que busquen mejorar el bienestar de todos los demás:** Este supuesto 'altruismo' de las mujeres, que se considera que surge de sus atributos 'naturales' como cuidadoras y madres, es una conceptualización socialmente construida de lo que significa ser mujer.

Las causas de la pobreza de las mujeres funcionan a diferentes niveles, es decir, hay diferentes sitios o espacios que contribuyen a la pobreza: la comunidad, el mercado laboral, el hogar. La decisión de priorizar el hogar como sitio que influye en la pobreza de las mujeres no es equivocada, en tanto que en este sitio confluyen la producción, reproducción, socialización y consumo en la misma unidad. Sin embargo, esto no niega la necesidad de reconocer y comprender cómo el hogar se integra con otras unidades sociales, y de enfocar al hogar como una unidad compleja en estructura y funcionamiento, o sea, un sitio de cooperación y de conflicto.

Aunque convencionalmente existe la idea del hogar como una unidad nuclear (constituida por una pareja con sus hijas e hijos), en países como Nicaragua existe una proporción considerable de hogares extendidos (la unidad nuclear más otros familiares o amigos) y hogares jefeados por mujeres. En relación a estos últimos se presume que en la actualidad no sólo representan una minoría significativa de todos los hogares (según las estimaciones, representan entre un tercio o la mitad de los hogares) sino que también son significativos por las condiciones donde surgen y que ayudan a perpetuar: surgen en situaciones de pobreza y son más pobres que otros hogares (véase Chant, 2000 para mayor discusión).

Sin embargo, son muchas las investigaciones sobre los hogares y en particular, sobre los hogares jefeados por mujeres que han cuestionado la idea de que son los 'más pobres entre los pobres' y han hecho un llamado a reconsiderar la pobreza relativa de las mujeres dentro de las unidades jefeadas por hombres. Los problemas para entender la situación relativa de mujeres jefas y mujeres que viven con compañero surgen en gran medida de comprender, o mejor dicho, de la manera de medir la pobreza. Las formas tradicionales de medir la pobreza tienden a quedarse 'de la puerta para afuera' del hogar, es decir, toman al hogar como unidad básica de análisis y hacen comparaciones entre distintos hogares sin considerar las diferencias al interior del hogar.

Muchas de las maneras tradicionales de medir la pobreza asumen que la distribución de recursos dentro del hogar es equitativa e ignoran las relaciones de poder que operan dentro del hogar tanto por el sexo como por la edad. Las mediciones de pobreza que se basan en los ingresos tampoco toman en cuenta el hecho que no todos los ingresos obtenidos se destinan al hogar; los estudios han mostrado en particular el hecho que los hombres

pueden retener parte de sus ingresos sin contribuir todo lo que ganan a la 'olla' común, guardando algún dinero para consumo personal. La retención de estos ingresos conduce a lo que se ha denominado 'pobreza secundaria', es decir, aunque el hogar no es 'pobre,' considerando el total de ingresos generados por sus miembros, algunas de las personas que lo integran sí son pobres, al tener acceso limitado a estos ingresos o no tener acceso a ellos. Los estudios en México, Costa Rica y Honduras han mostrado que los hombres dejan de invertir en el hogar incluso hasta el 50% de sus ingresos, poniendo a mujeres y niños que dependen de ese ingreso dentro del hogar en una situación de pobreza secundaria (Bradshaw, 1996; Chant, 1985; 2000).

Entonces, los hogares jefados por mujeres, aunque a menudo constituyen hogares de menores ingresos (dado que las mujeres ganan menos que los hombres), muestran una distribución más equitativa de los ingresos entre las y los integrantes del hogar, dado que todos los ingresos obtenidos por la mujer jefa son invertidos en el hogar. Más aún, los hogares jefados por mujeres tienden a tener más personas trabajando que las unidades jefadas por hombres, y un número mayor entre estas personas contribuyen con sus ingresos a la olla común (véase Buvinic, 1986 para una síntesis de los datos). Así, la comparación entre la pobreza relativa de las mujeres jefas y de las mujeres que viven con compañero no es simple ni directa, dado que su situación de pobreza está influenciada por diferentes factores. Mientras las mujeres jefas pueden tener recursos o activos limitados, las mujeres con compañero pueden tener acceso y control limitado sobre los recursos y activos disponibles. Este control limitado sobre los recursos parte de la naturaleza o funcionamiento de los hogares como sitios tanto de conflicto como de cooperación.

El modelo de Sen (1987; 1990) sobre 'cooperación y conflicto' es quizás la explicación más aceptable y comprensible sobre cómo funcionan los hogares. En el centro de este modelo se encuentra la idea sobre el poder de negociación de las personas. Los miembros de un hogar buscan como mejorar el 'bienestar' colectivo del hogar y de su propia situación, y cada uno tiene diferentes prioridades sobre cómo deben ser utilizados los limitados recursos, o sea, existen diferentes maneras de clasificar las preferencias. La resolución de estas diferencias, o cómo son utilizados de hecho los recursos, es resultado de la capacidad de negociación de cada uno de las y los integrantes del hogar. Un factor importante es la percepción que cada integrante tiene de su propio valor como individuo o individuo, y del valor de las otras personas dentro del hogar. Esta autopercepción y la percepción que tienen los demás, dependen de la valoración que hagan sobre la contribución de cada persona al bienestar del hogar. Por lo general, las percepciones sobre la 'contribución' se basan en el monto –por ejemplo, de ingresos– o cantidad de recursos que cada persona puede obtener. Por tanto, las mujeres tienen generalmente una posición de negociación más débil que los hombres porque su contribución es invisible, no es reconocida por los demás y/o es considerada de menor valor, afectando incluso con ello su valoración de su propia contribución.

A pesar de que se conoce la importancia del hogar como una unidad de relaciones desiguales de poder y que la pobreza secundaria ha sido bien estudiada y es un concepto aceptado, tanto una como la otra no se han convertido en conceptos centrales de discusión en los debates sobre la pobreza. Dado que ambos se refieren a medidas cuantitativas, se puede considerar que su ausencia de las discusiones principales sobre pobreza se origina en diferencias ideológicas más que epistemológicas sobre lo que es importante a tomar en cuenta al explicar las causas y consecuencias de la pobreza.

El contexto nicaragüense de la pobreza

Aunque para algunos el colapso económico de los 80s, asociado con la Revolución Sandinista, el bloqueo de Estados Unidos y la guerra de la Contra, es el origen de los altos niveles de pobreza registrados en Nicaragua (Gobierno de Nicaragua, 2000), otros también consideran que las políticas neoliberales para promover el crecimiento económico implementadas en los 80s y 90s han jugado un rol importante en esto. El impacto de los Programas de Ajuste Estructural (Véase Dijkstra, 1996 para algunos impactos en Nicaragua) impuestos a muchos países pobres por el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional junto con los procesos de globalización (véase Sassen, 1991), más que traer las ganancias económicas prometidas, en muchos casos han aumentado la pobreza, la vulnerabilidad y exclusión social de las personas.

Si bien continúa el debate sobre hasta qué punto el crecimiento económico puede reducir la pobreza, en Nicaragua el Gobierno afirma que existen “evidencias que muestran que el crecimiento de base amplia reduce la pobreza. Los sondeos específicos efectuados, entre 1993-1998, muestran que la pobreza rural se redujo significativamente por una fuerte recuperación de la agricultura” (Gobierno de Nicaragua, 2000). Sin embargo, incluso el FMI ha señalado que en Nicaragua, “a pesar de los logros alcanzados en la lucha por la reducción de la pobreza entre 1993-1998, los análisis cualitativos muestran que los pobres asocian los 90s con el descenso de su bienestar” (IDA-IMF, 2000). Este documento va más allá al preguntarse cuál podría ser la explicación de este fenómeno. El origen de estas diferencias puede estar en las maneras y herramientas utilizadas en la medición de la pobreza y el bienestar.

Pese a las críticas a los enfoques que miden la pobreza en base a los ingresos y al desarrollo de enfoques e indicadores alternativos (véase Chambers, 1995; Wratten, 1995), los indicadores sobre la línea de pobreza siguen siendo las medidas oficiales de pobreza tanto en las instituciones financieras internacionales como dentro de Nicaragua. Por lo general, al medir la pobreza alrededor del mundo, el Banco Mundial ha utilizado como punto de partida la referencia de US\$1 y US\$2 por día en relación a la Paridad de Poder de Compra (PPC) de 1993.

Un análisis de los datos oficiales disponibles realizado por la Coordinadora Civil para la Emergencia y la Reconstrucción (CCER, 2000) señala que a nivel nacional el número total de personas que viven por debajo de la línea de pobreza ha aumentado en 25, 697 (de 2,190,787 en 1993 a 2,225,401 en 1998), lo que representa el 51% de la población. Las cifras globales también esconden una gran cantidad de cambios en la distribución de la pobreza y en el grado de pobreza en Nicaragua para el período. Sin embargo, el Gobierno en realidad no ha hecho el mapeo de la brecha de pobreza para 1998 comparable a la de 1993. El mapeo de pobreza de 1998, base de la ERCERP, es un mapa exclusivamente de extrema pobreza, en tanto que la meta clave es reducir las cifras de extrema pobreza más que la afectación de la pobreza como tal (Gobierno de Nicaragua, 2001).

El indicador de cambio sobre la brecha de pobreza entre 1998-1993, desarrollado por la CCER, de hecho muestra un fuerte incremento en los niveles de pobreza en Nicaragua en casi todo el territorio nacional, con aumentos específicos en las regiones del Atlántico Norte (RAAN) y en el Sur (RAAS) (véase Bradshaw and Linneker, 2001 para una discusión sobre la metodología y los problemas técnicos que implica). Además, es importante señalar que los datos oficiales, que constituyen la base para las políticas de reducción de la pobreza,

fueron recogidos por el Gobierno antes del huracán Mitch, lo que aumenta las dudas sobre su utilidad.

Los resultados de la segunda fase de la 'auditoría social' realizada por la CCER a iniciativa de la sociedad civil y que finalizó en noviembre de 1999, llaman la atención sobre el posible deterioro en el bienestar tanto económico como psicosocial que puede haber sufrido la población afectada por el Mitch (CIET/CCER, 1999). Casi una cuarta parte de la población dedicada a la agricultura se vio imposibilitada para cosechar en la temporada inmediata después del Mitch. A pesar de que, en relación a la vivienda, 73% de las y los entrevistados en el sondeo reportaron daños o destrucción de su vivienda, solamente el 40% reportó haber recibido apoyo para reparación o reconstrucción. Las afectaciones materiales se combinaron con afectaciones 'emocionales' provocadas por el huracán y registradas en el 20% de las y los entrevistados, lo que a su vez se combinó con sentimientos de inseguridad y vulnerabilidad. En relación a la visión de la población sobre el rol que el Gobierno tuvo en el proceso de reconstrucción, al solicitarles que identificaran la cosa más importante que el Gobierno estaba haciendo en el proceso de reconstrucción, 60% de las y los entrevistados contestó que 'nada' (CIET/CCER, 1999).

El contexto de las políticas en Nicaragua

En junio de 1999, a pesar de que las iniciativas de reconstrucción después del huracán Mitch estaban en proceso de ejecución, de hecho, estaban por iniciar, el Gobierno nicaragüense desvió su atención de la reconstrucción hacia la construcción de una estrategia de reducción de la pobreza en el país (véase CCER, 2000; Bradshaw y Linneker, 2002). Este cambio guarda relación con nuevos enfoques de las Instituciones Financieras Internacionales (IFI) sobre la pobreza y la introducción de la Estrategia de Reducción de la Pobreza (ERP) como condicionante para los países pobres altamente endeudados para la recepción de fondos para el saneamiento de la deuda. A pesar de las críticas con respecto a que la ERP es meramente otra manera de nombrar los Programas de Ajuste Estructural (véase por ejemplo, CAFOD 2000; Wood 2000), el Banco Mundial afirma que refleja un cambio no solamente de enfoque sino de cultura, dado que la ERP no es impuesta a los países sino que éstos son sus propios diseñadores y propietarios. En junio 2000 el Gobierno de Nicaragua presentó a aprobación el documento preliminar de la ERP, que fue aceptada por el Banco Mundial y el FMI como condicionante para el saneamiento de la deuda dentro de la Iniciativa de Países Pobres Altamente Endeudados (HIPC II).

El Banco Mundial señala y reitera que las ERP elaboradas por los países no son 'copia' de la ERP elaborada por el propio Banco, dado que pertenecen a los países y son producidas a través de procesos participativos (véase Bradshaw y Linneker, 2001; 2002b para una mayor discusión). Sin embargo, una revisión rápida (aunque no exhaustiva) a los documentos de ERP elaborados hasta la fecha, las estrategias –la del BM y las presentadas por Gobiernos nacionales– muestran fuertes similitudes en sus componentes centrales. La mayoría contiene 4 elementos claves o pilares y la ERCERP de Nicaragua no es la excepción:

~~1.1~~ Crecimiento económico

A menudo expresado como 'crecimiento económico de mano de obra intensiva', este enfoque se basa en la necesidad de utilizar la ventaja comparativa que supuestamente tienen los países pobres altamente endeudados para promover el crecimiento económico, es decir, mano de obra barata. En este contexto la ERCERP propone una serie de áreas potenciales de crecimiento que incluyen las zonas francas y el turismo.

~~✍~~ Inversión en capital humano

Se considera importante el capital humano (salud y educación) para resistir las crisis (vulnerabilidad) y para tener una vida digna (desarrollo humano). Sin embargo, en la ERCERP de Nicaragua también se consideran importantes para producir una fuerza de trabajo 'productiva'.

~~✍~~ Protección social o redes sociales de seguridad

A pesar de que continúan los debates alrededor de la capacidad real del crecimiento económico para reducir la pobreza y la desigualdad, parece que el Banco Mundial por lo menos ha aceptado que la riqueza generada por el crecimiento económico no va a decantar instantáneamente hacia las poblaciones más vulnerables. Por tanto, ve necesario incluir la protección de los grupos vulnerables a través de redes sociales de seguridad.

~~✍~~ Gobernabilidad

Aún no hay acuerdo sobre el significado de este término, a pesar de que ocupa un lugar especial en las agendas del Banco Mundial y otras agencias internacionales. Algunos hablan de transparencia, rendición de cuentas y participación, otros optan problemáticamente por igualar 'buena gobernabilidad' con 'democracia' o 'democratización'. El Banco Mundial habla más en términos de una administración sólida, mientras que la ERCERP nicaragüense muestra que el Gobierno ha adoptado esta misma conceptualización estrecha.

De esta manera, incluso una lectura superficial de los componentes claves de la ERCERP muestra los problemas que ésta conlleva. También evidencia que se centra en los resultados de la pobreza más que en sus causas, buscando reducir los síntomas, en vez de presentar posibles 'curas' (véase CAFOD, 2000 para una crítica general). La inclusión de la vulnerabilidad constituye un buen ejemplo de esto dado que propone la 'protección' de los grupos vulnerables más que medidas para reducir su vulnerabilidad. Es también importante señalar que la inclusión de elementos particulares, como la salud o educación, no puede ser asumida como algo bueno *per se*, sin analizar las ideas subyacentes que muestran que de hecho pueden atentar contra los principios de 'desarrollo humano' al mismo tiempo que promueven beneficios para el 'desarrollo económico'. En la educación, por ejemplo, un enfoque en desarrollo humano consideraría importante enfatizar el aprendizaje de habilidades como el pensamiento y el análisis crítico. Pero mejorar la productividad de la fuerza de trabajo dentro de una fábrica multinacional puede demandar exactamente lo opuesto, es decir, la existencia de trabajadoras y trabajadores que aceptan trabajos repetitivos y monótonos sin oposición.

Es importante analizar las propuestas que hace la ERCERP sobre las mujeres y el género y el impacto posible que puede tener en las mujeres. Por lo general, el género, la desigualdad y el medioambiente aparecen como elementos 'transversales' o que 'cruzan' varios temas. Es importante señalar que no es posible visualizar a las mujeres de manera integral dentro de ninguna de las ERP elaboradas hasta el momento, aunque el grado de visibilidad varía desde la inclusión de secciones enteras sobre las mujeres hasta un simple par de líneas, de afirmaciones vagas alrededor de la necesidad de reducir la desigualdad hasta propuestas de proyectos concretos. Sin embargo, en general, las ERP no son documentos que incluyen el género. Los Gobiernos no son los únicos responsables de estos documentos sino más bien las instancias rectoras de estos procesos: las IFI. En relación a la desigualdad social, el documento oficial nicaragüense señala que "todas las políticas y proyectos trabajarán para reducir la desigualdad", tratando de justificar de esta manera la total falta de discusión de planes específicos para mejorar, por ejemplo, la posición de las mujeres.

A pesar de que para algunos la respuesta ha sido luchar por incorporar de mejor manera a las mujeres dentro de los planes y propuestas, esto no constituye realmente una solución,

dado que tanto la exclusión como la inclusión en los documentos de ERP pueden conllevar problemas, como muestra el caso de Nicaragua (véase Bradshaw, 2002 para una mayor discusión).

El crecimiento económico es un campo donde la ausencia de las mujeres es obvia. La necesidad de incluir un análisis de género dentro de éste parte de las áreas mismas propuestas para el crecimiento económico, las zonas francas y el turismo, ya que ambas descansan en una alta proporción en el trabajo femenino. La exclusión de las mujeres invisibilizándolas como trabajadoras y como la “columna vertebral” potencial del crecimiento económico, se hace más problemática dada la naturaleza de su inclusión en las ERP. La representación de las mujeres dentro de las ERP como madres y cuidadoras, refuerza y fortalece los estereotipos de las mujeres como personas dependientes en lugar de proveedoras, amas de casa en lugar de trabajadoras, y responsables exclusivas de las actividades reproductivas, poniendo así en entredicho la ventaja comparativa de Nicaragua de contar con mano de obra barata (femenina).

Por lo general, las mujeres aparecen mencionadas en las ERP en relación al capital humano, o sea, educación y salud, específicamente la salud reproductiva. Pensando sobre la razón que tienen para plantear la necesidad de garantizar la asistencia de las ‘niñas’ a la escuela, la explicación más inmediata es la necesidad de mejorar la productividad de la mano de obra barata mencionada previamente. Una segunda razón surge al analizar el vínculo entre la educación y la salud. El crecimiento de la población es importante dentro de una estrategia de reducción de la pobreza que se basa en el crecimiento económico, dado que los dos campos de crecimiento pueden contraponerse uno al otro. Lo que se necesita entonces es un aumento en el crecimiento económico con un descenso en el crecimiento de la población. A pesar de que actualmente se cuestiona la tesis de que las mujeres educadas tienen menos hijos, o que existe un vínculo directo entre ellos, aún sigue siendo ésta la percepción popular (véase por ejemplo Pearson y Sweetman, 1996 sobre estos debates).

Lejos de incluir como un derecho humano fundamental el derecho de todas las mujeres a decidir su reproducción, la necesidad de controlar la fertilidad de las mujeres es central en la ERCERP de Nicaragua. Este enfoque no solamente coloca de manera exclusiva en las mujeres la responsabilidad por la reproducción (a pesar del hecho de que “se necesitan dos para bailar”) también hace hincapié en la necesidad de una reproducción ‘responsable’. El objetivo real es aumentar la proporción de mujeres casadas con acceso a métodos anticonceptivos.

Un último campo donde las mujeres están visibles dentro de las ERP es en el campo de la protección social/redes de seguridad o programas de bienestar familiar. El ejemplo de un proyecto-piloto nos muestra los problemas que surgen de programas de bienestar malformulados (véase Quirós Víquez, 2002). El programa-piloto contempla el pago a las familias para que mantengan a sus hijos en la escuela y para que los lleven a los centros de salud. El dinero se entrega a las mujeres. Algunos pueden pensar que esto es una vía para empoderar a las mujeres al mejorar su base de activos. El programa, de hecho, presenta defectos a muchos niveles. En primer lugar, refuerza la noción de que las mujeres son las únicas responsables de las y los hijos. En segundo, deja de lado el hecho de que si bien las mujeres reciben el dinero, pueden tener poco control sobre su utilización. En realidad el proyecto puede ser desempoderador tanto para las mujeres –en tanto que los hombres pueden arrebatárles el dinero, quizá haciendo uso de la fuerza– como para los hombres, al

minar su rol socialmente construido como proveedores. El resultado principal en cuanto al género puede ser, de hecho, el aumento de los conflictos e incluso de la violencia³.

Este ejemplo llama la atención sobre la preocupación general sobre en qué medida se han analizado los impactos 'indirectos', y de hecho 'negativos', que tiene el conjunto de políticas que se derivan de las ERP. La posible competencia entre los mensajes sobre el rol de las mujeres como madres y cuidadoras y la necesidad de una fuerza de trabajo femenina 'educada' también indica un proceso que no toma en cuenta la multidimensionalidad del problema que se está enfrentando.

Aunque la pobreza de las mujeres es multidimensional, es también mutisectorial; es decir, las mujeres viven la pobreza de diversas maneras, en tiempos diferentes y 'espacios' también diferentes. La idea original dentro de la ahora popular tesis sobre la 'feminización de la pobreza' consistía en hacer hincapié en cómo las mujeres viven la pobreza de una manera diferente que los hombres y, de hecho, cómo las distintas mujeres experimentan la pobreza de maneras diferentes (véase Jackson, 1996). A pesar de que en la actualidad la idea sobre la pobreza relativa de las mujeres es ampliamente aceptada, se ha perdido este enfoque sobre cómo las mujeres viven esta pobreza, dado que el enfoque en las causas de la pobreza está siendo abandonando en la medida en que se va adoptando la idea de que pobreza es igual a hogares jefeados por mujeres, lo cual es una idea más fácilmente digerible.

Sin embargo, como señalamos anteriormente, la pobreza secundaria dentro de los hogares jefeados por hombres puede significar que aunque el hogar no sea considerado 'pobre', las mujeres y niños dentro de ese hogar pueden vivir en pobreza. Es decir, que a pesar de que los hogares jefeados por mujeres, pueden ser 'más pobres', según los ingresos obtenidos, la mujer jefa sí tiene acceso y control de los recursos disponibles; y por otra parte, los hogares jefeados por hombres, pueden ser 'más ricos', según los ingresos obtenidos, pero las mujeres compañeras en esos hogares pueden tener un acceso limitado a esos ingresos. Las maneras tradicionales de medir la pobreza y las políticas que se derivan de éstas no toman en cuenta las diferencias existentes entre las mujeres dada la naturaleza y composición del hogar en que viven. Así, si bien el Banco Mundial señala dentro de su documento de ERP que las herramientas convencionales para investigar la pobreza pueden brindar la mayoría de "las respuestas de género, si se hacen las preguntas 'correctas'", no toma en cuenta el hecho de que estas herramientas convencionales se detienen en 'la puerta del hogar' y por tanto, no pueden arrojar 'respuestas de género' sobre cómo las mujeres viven la pobreza.

Metas y objetivos de la investigación

El objetivo fundamental de esta investigación es la mejor comprensión de las maneras actuales, particulares y diversas en que las mujeres viven la pobreza

La investigación apunta de manera particular a:

- ✍ Identificar los sitios o espacios que ejercen influencia sobre el bienestar relativo de las mujeres, cómo funcionan y el rol que juegan para explicar las experiencias diferenciadas de las mujeres sobre su bienestar relativo dentro de su curso de vida.

³ Es necesario señalar que dentro de las ERP se sigue considerando la violencia hacia las mujeres como un problema de género en lugar de ser considerado un problema de salud pública (véase Pickup, 2001 para mayor discusión).

- ☞ Identificar cómo funcionan las relaciones de poder dentro de diferentes tipos de hogar y cómo influye en la pobreza de las mujeres la interacción de las relaciones dentro del hogar con relaciones sociales más amplias.
- ☞ Brindar información a los grupos de mujeres, ONGs y organizaciones donantes sobre las experiencias diferenciadas por género de la pobreza y contribuir con ello a la elaboración de planes y estrategias de reducción de la pobreza.

Metodología

La investigación parte de una perspectiva feminista y utiliza métodos mixtos. Esto significa que el proceso y el enfoque de la investigación están guiados por principios feministas, más que determinados por un método particular de investigación (Véase Maynard y Purvis, 1995; Fonnó y Cook, 1991 para discusión).

La investigación se basa en el estudio de caso de cuatro comunidades que difieren geográfica y económicamente entre sí pero que tienen características comunes en tanto que todas pueden catalogarse como comunidades ‘pobres’.

Una vez definidas las áreas geográficas, se eligieron comunidades específicas en consulta con organizaciones locales que se encuentran trabajando en las diferentes zonas. Se estudió una comunidad en cada una de las siguientes zonas: Managua, León, Dipilto y Estelí. En este informe no utilizamos los nombres verdaderos de las comunidades sino los nombres de las cabeceras departamentales en las que se localizan.

La unidad básica de estudio fue el hogar y las mujeres dentro de esos hogares. También los hombres fueron entrevistados, básicamente en su calidad de compañeros o esposos, lo que obviamente trae cuestionamientos éticos (véase Warren, 1988 para mayor discusión). Aunque se les solicitó su consentimiento a todas las mujeres para entrevistar a su compañero antes de hacerlo, aceptamos que pudiera ser posible que esto haya traído consecuencias negativas para las personas y las comunidades involucradas.

En el mes de julio de 2001, el equipo de mujeres investigadoras aplicó el cuestionario a la “mujer del hogar” en cada uno de los hogares de las comunidades estudiadas, donde una mujer estaba disponible para ser entrevistada. Dado que, de hecho, representa un censo de cada comunidad, el tamaño pequeño de la muestra es menos problemático (cada comunidad tiene un promedio de aproximadamente 75 hogares), sin embargo, los hallazgos que aquí presentamos no pueden generalizarse y pretenden únicamente provocar la discusión alrededor de las experiencias diferenciadas por género de la pobreza. También se realizaron entrevistas semiestructuradas a una submuestra de las entrevistadas para indagar a mayor profundidad algunos de los temas que surgieron en los cuestionarios. El equipo masculino también aplicó cuestionarios y entrevistas a una muestra de compañeros de las mujeres entrevistadas en las cuatro comunidades.

Los cuestionarios sirvieron para recoger información básica: la estructura y jefatura del hogar (incluyendo la migración), actividades (reproductivas y productivas); ingresos y gastos (diversidad de fuentes, suficiencia alimentaria, etc.), las estrategias adoptadas y la participación/interacción con diferentes organizaciones sociales (nivel y tipo de participación, tipo de organización social). A través de los cuestionarios también se obtuvo información por medio de preguntas directas e indirectas sobre las responsabilidades y las relaciones de género dentro del hogar, enfocando en el proceso de toma de decisiones y en las percepciones sobre la contribución y el ‘valor’ de la contribución.

Como proyecto feminista de investigación promueve la discusión y tiene un carácter tanto político como 'académico'. El objetivo general del proyecto no es solamente alentar la discusión sobre las diferentes maneras de vivir la pobreza según el género y la conciencia sobre la manera específica en que las mujeres viven la pobreza sino también influir en las agencias nacionales e internacionales para que tomen en cuenta éstas dentro de sus proyectos y políticas de reducción de la pobreza.

Segunda sección: La pobreza y el bienestar relativos

Como mencionamos anteriormente, la ERCERP del Gobierno de Nicaragua fue elaborada a partir de un diagnóstico de la pobreza para calcular el ingreso y el consumo relativos entre distintas zonas geográficas del país. Constituye la base sobre la cual se desarrollan las políticas y proyectos que apuntan a la reducción de la pobreza de la población. Sin embargo, el hecho de que no toma en cuenta las diferencias entre las comunidades, hogares y personas dentro de las comunidades y la manera en que cada uno vive la pobreza, puede debilitar sus posibilidades de éxito.

La investigación parte de estudios de casos para entender a mayor profundidad la situación de pobreza dentro de 4 comunidades distintas, cada una con sus propias características y problemas relacionados con el bienestar relativo.

Características de los hogares y de las comunidades estudiadas

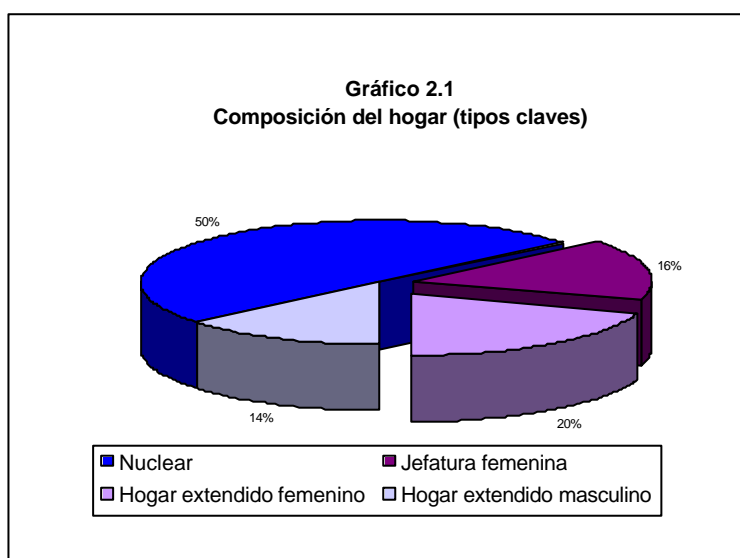
La comunidad estudiada en Dipilto es la más joven; fue fundada después del huracán Mitch para reasentar familias de distintas comunidades en riesgo. Por tanto, las casas son de bloques pero la comunidad no cuenta aún con servicios básicos. Se encuentra localizada cerca de las parcelas donde sus residentes sembraban con anterioridad; ofrece pocas oportunidades de trabajo, ya que la fuente principal de empleo en la localidad son las fincas cafetaleras, que al momento de la investigación, estaban pasando por una severa crisis. Dado que la comunidad se encuentra a unos 13 kilómetros de Ocotol, el centro urbano más cercano, existen pocas posibilidades de trabajo no agrícola. A esto se agrega que no existen patios para el autoconsumo y la relativa proximidad de las viviendas –en comparación con la comunidad tradicional rural– reduce la privacidad y ha causado algunas tensiones en la comunidad entre familias con poco contacto social previo. Las personas mismas reconocen que su vulnerabilidad física ante los desastres ha disminuido pero que su vulnerabilidad económica y social puede haber aumentado, ya que señalan que en esta nueva comunidad se sienten “más seguras pero con más hambre”.

En contraste, la otra comunidad rural estudiada, localizada en León, ha existido desde hace 120 años; fue fundada por 5 familias que viven ahí hasta hoy en día. Las viviendas en la comunidad varían desde casas de bloques o de materiales hechos a mano, hasta pequeñas estructuras cubiertas de plástico. Los servicios también varían: algunas casas tienen pozo propio y electricidad mientras otras no tienen estos servicios. La comunidad se encuentra a 7 kilómetros de la carretera León-Chinandega, sin embargo, el principal soporte económico de la comunidad es el trabajo agrícola por día. En el período en que se realizó la investigación había una fuerte sequía, por lo que existía poco trabajo disponible. Sin embargo, mujeres y hombres tienen la oportunidad de ir a León a buscar trabajo, ya que la ciudad constituye un mercado potencial amplio para las actividades comerciales. Aunque su localización puede ser beneficiosa porque permite el movimiento de la fuerza de trabajo, es problemática en cuanto a los fenómenos ‘naturales’; además del Mitch, la comunidad ha sufrido en diversas ocasiones por la fuerte actividad de los volcanes cercanos, y la sequía era considerada en la comunidad como uno de los graves ‘desastres’ de los últimos tiempos.

La tercera comunidad en el estudio se encuentra en Estelí y es posible considerar que está ubicada en un centro urbano rural: la ciudad de Estelí propiamente dicha. La mayoría de las viviendas son de madera y algunas de bloques. Fue fundada hace 10 años con la ocupación de terrenos baldíos, pero ahora es un asentamiento legal y cada casa tiene agua y electricidad. La comunidad tiene acceso al empleo ‘rural’, como la producción de tabaco, y

también a oportunidades 'urbanas', como trabajos en casas privadas o servicios (por ejemplo, la reparación de calzado). Debido a que la comunidad es esencialmente rural y constituye un centro para la comercialización de productos agrícolas, el empleo a tiempo completo es escaso. A pesar de ello, la comunidad está clasificada dentro del estudio como un centro 'urbano' por sus características relacionadas al acceso a servicios y otros factores de infraestructura.

La última comunidad estudiada se encuentra en la capital, Managua. Las viviendas del asentamiento están hechas de materiales diversos y siguen un formato lineal más que circular o informal. La comunidad tiene servicio de agua en el barrio pero obtiene la electricidad de fuentes ilegales. No existe un sistema de alcantarillado y la mayoría de las casas tienen letrinas. Las personas, en su mayoría, trabajan en un número limitado de sectores. Las mujeres acceden al empleo laborando como domésticas, niñeras o servicio de lavado y planchado en casas particulares; los hombres trabajan por día en la construcción. El asentamiento tiene la ventaja de contar con fácil acceso a servicios urbanos, como colegios, centros de salud y hospitales. Sin embargo, sus pobladores también tienen que enfrentar problemas 'urbanos' de delincuencia y drogas.

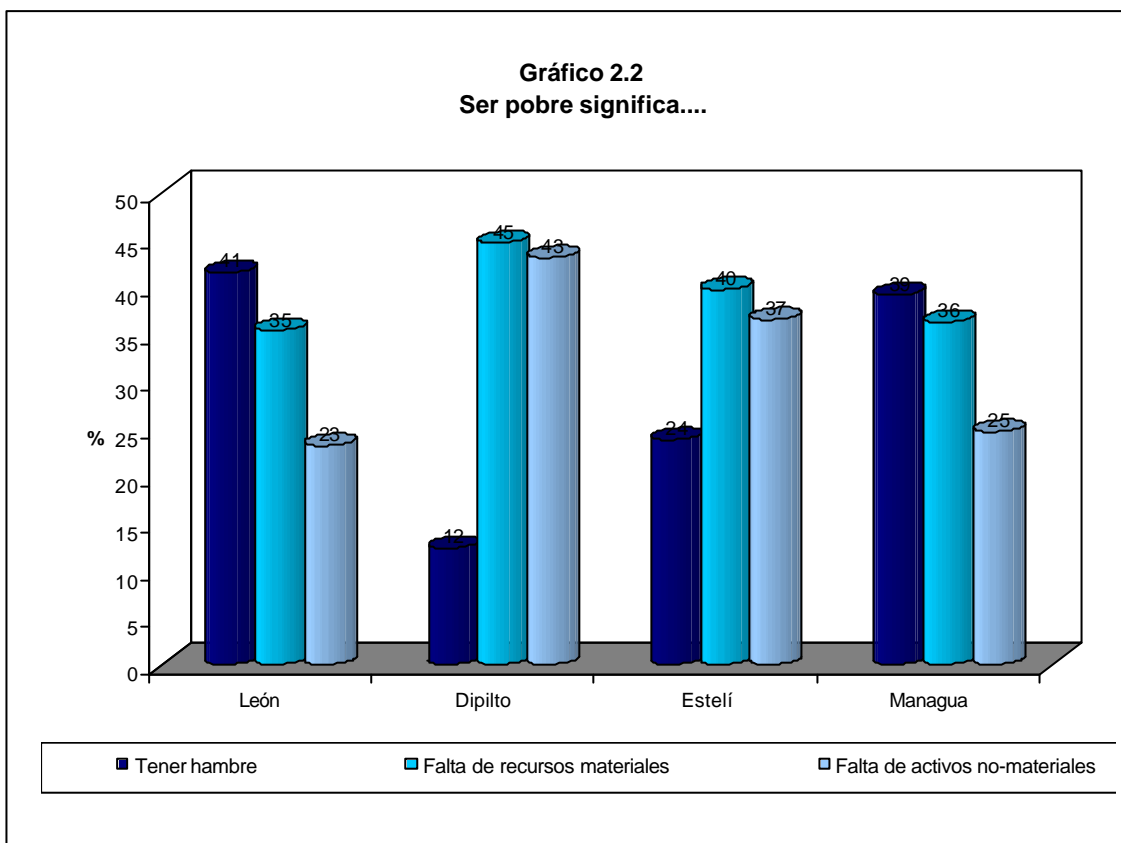


Aunque las comunidades son distintas entre sí, tienen algunas similitudes en la composición y en la jefatura (véase Gráfico 2.1). Estadísticamente, no existen diferencias significativas entre las comunidades en relación a la proporción de hogares con mujer jefa, aunque la más baja es la comunidad en Dipilto (25%) y la más alta, la comunidad en León (42%).

Del total global de hogares en el estudio, 36% corresponden a hogares de jefatura femenina, de los cuales 54% son hogares extendidos (es decir, las mujeres y sus hijas e hijos viven también con otros miembros de la familia o amistades). El tipo de hogar predominante entre los hogares de jefatura masculina es el hogar nuclear (79% de todos los hogares de jefatura masculina y 50% del total global de hogares). Una vez más, no existen diferencias estadísticas significativas entre las comunidades en cuanto a la estructura del hogar, aunque es más alta la proporción de hogares nucleares en la comunidad en Dipilto (63%) y más baja en Managua (41%); y las diferencias se justifican ampliamente por las mayores proporciones de hogares extendidos –tanto de jefatura masculina como femenina– en la comunidad en Managua.

El bienestar relativo en las comunidades

Aunque existen similitudes entre las comunidades según la composición y jefatura del hogar, también existen diferencias; y si bien se puede considerar como ‘pobres’ a todas las comunidades estudiadas, dentro de éstas existe también pobreza relativa. Al preguntar qué significa ser pobre, se presentaron tres categorías amplias de respuestas. Algunas mujeres concibieron la pobreza en términos de falta de bienes materiales; sin embargo, otras se centraron más en activos no materiales, como la falta de posibilidades, de fe, o de



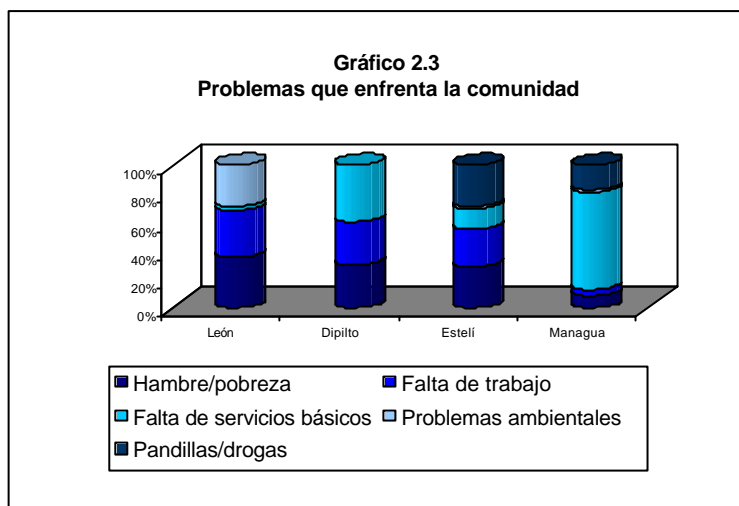
alternativas. La tercera categoría refleja de manera simple el hecho que 30% de las mujeres, al preguntárseles sobre lo que significa ser pobre, respondieron ‘tener hambre’(véase Gráfico 2.2). Un cuarto de las mujeres también mencionaron el hambre como el mayor problema que enfrenta la comunidad y aunque también consideraron como problemática la falta de activos básicos (como empleo o servicios básicos), para muchas mujeres los factores que afectan la seguridad de la comunidad eran los más preocupantes. En las áreas rurales, la seguridad estaba relacionada con los ‘desastres’, mientras en el área urbana, consideraron que el problema principal enfrentado por la comunidad eran las pandillas y las drogas (ver Gráfico 2.3).

Inseguridad y violencia

Cuando el huracán Mitch azotó Centroamérica en octubre de 1998, provocando uno de los peores desastres en 200 años (CINDI, 1999), los crecientes niveles de pobreza y vulnerabilidad que tuvieron lugar durante los 90s, mostraron la cruda realidad. Se ha señalado que los desastres deben ser considerados como eventos políticos amplios (Anderson y Woodrow, 1998), que tienden a mostrar las estructuras nacionales, regionales y globales existentes, al igual que las relaciones de poder dentro de las relaciones íntimas

(Enarson y Morrow, 1998) revelando claramente las desigualdades y vulnerabilidades dentro de los países (Blaikie *et al*, 1994). También se ha señalado que los desastres como el Mitch constituyen una oportunidad de transformación (véase CCER, 1999); sin embargo, la realidad es que ha habido poca mejoría (véase Bradshaw, 2001) y la población queda indefensa frente a este tipo de eventos ‘naturales’(véase CIET/CCER, 2001).

El hecho de que 10% de las mujeres mencionaron que acontecimientos como las sequías o las inundaciones fueron los que provocaron la crisis durante ese año, pone en evidencia la persistencia e importancia de los ‘desastres’. Es quizás todavía más importante que la vasta mayoría (80%) afirmó que su comunidad no estaba preparada para enfrentar otro acontecimiento como el

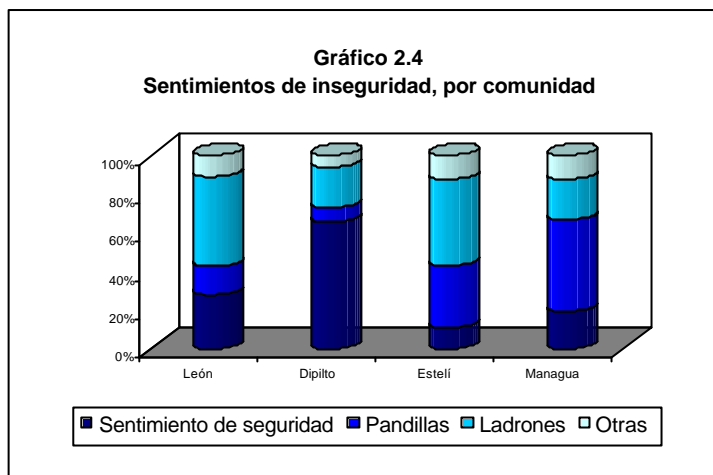


huracán Mitch. A pesar de que solamente una pequeña minoría (4%) de las personas encuestadas afirmaron haber sufrido daños a causa del Mitch, la mayoría (89%) no había podido reparar esos daños. Aunque tanto los números absolutos como las proporciones son bajas, es importante recordar que los desastres tienen un efecto acumulativo que se traduce en una creciente vulnerabilidad para enfrentar futuros eventos. La vulnerabilidad no es solamente física sino, como revela la Auditoría Social, también puede ser psicosocial y reflejar altos niveles de percepción de inseguridad.⁴

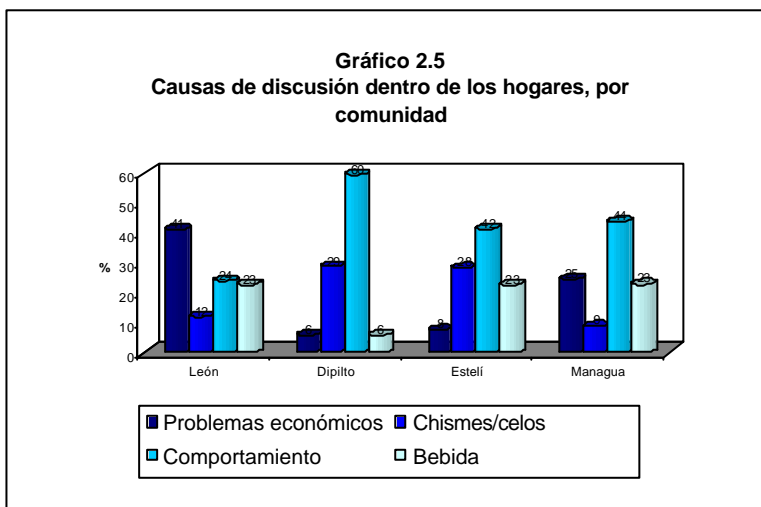
A pesar de la vulnerabilidad permanente frente a los ‘desastres naturales’, en la región se concibe la inseguridad en términos de actos físicos violentos, relacionados con frecuencia a pandillas o drogas. Los niveles crecientes de violencia y de inseguridad relacionada con hechos violentos son actualmente una preocupación clave entre los investigadores en Latinoamérica, en particular porque se ha reconocido que la violencia tiene potencial para minar severamente las metas de desarrollo y que, de hecho, puede originarse en los procesos mismos de ‘desarrollo’(véase McIlwaine, 1999; Moser y McIlwaine, 2000). Al preguntarles si se sienten seguras en su comunidad, la mayoría de las mujeres entrevistadas (70%) dijeron que no se sienten seguras. Existen diferencias significativas por zonas y comunidades pero es solamente en Dipilto donde la mayoría de las mujeres se sienten seguras. En las comunidades rurales estudiadas el sentimiento de inseguridad proviene del temor a los ladrones y hurtos, mientras que en las áreas urbanas se relaciona con el temor a las pandillas y la delincuencia juvenil percibida (véase Gráfico 2.4). Quizás no es sorprendente para nadie que en la capital, Managua, encontremos la proporción más alta de personas con temor a las pandillas, pero también en otros lugares se percibe como un problema; al menos 20% de las mujeres en cada comunidad mencionaron las pandillas como punto clave de inseguridad.

⁴ La Auditoría Social registró un 8% de personas entrevistadas con afectaciones psicológicas relacionadas con el desastre en el 2001.

Sin embargo, la violencia no es solamente una realidad fuera del hogar sino también al interior del hogar. A pesar de que la corriente mayoritaria considera la violencia intrafamiliar como un tema 'privado' y por tanto fuera de la agenda de desarrollo, otras personas han sugerido que debe ser un tema central en la agenda de desarrollo interesada en fomentar la igualdad y



respaldar los derechos humanos (véase Pickup, 2001). 64% del total de mujeres entrevistadas perciben altos niveles de violencia hacia las mujeres dentro de sus comunidades, la proporción más alta se encontró en León y Dipilto (más del 70%) y la menor en Estelí (53%). En relación a las causas de la violencia las respuestas pueden agruparse en 4 categorías clave: la bebida, problemas económicos, celos y chismes y comportamiento de las y los cónyuges (por ejemplo, el hecho que los hombres son 'irresponsables', o que las mujeres 'andan fuera'). En tres de las cuatro comunidades estudiadas más de la mitad de las mujeres entrevistadas percibieron que la bebida provoca violencia y únicamente en Dipilto consideran que otros factores son más importantes.



Sin embargo, al preguntarles la causa de las discusiones, hay mayor variación en las respuestas entre las mujeres y entre las comunidades estudiadas (véase Gráfico 2.5). En León, por ejemplo, el 41% de las mujeres mencionó los problemas económicos como causantes de las discusiones, en comparación con solamente 6% de las mujeres en Dipilto. Aunque

tanto en Estelí como en Dipilto los celos y los chismes fueron considerados un factor importante (28% mencionaron esto como una causa para la discusión), éste no fue el caso en Managua (9%). También existen diferencias entre las mujeres dentro de las comunidades; es más probable que las mujeres jóvenes (16-24 años) consideren que son los celos y los chismes, más el comportamiento de mujeres y hombres (36% en cada caso), provocan las discusiones más que los problemas económicos (9%).

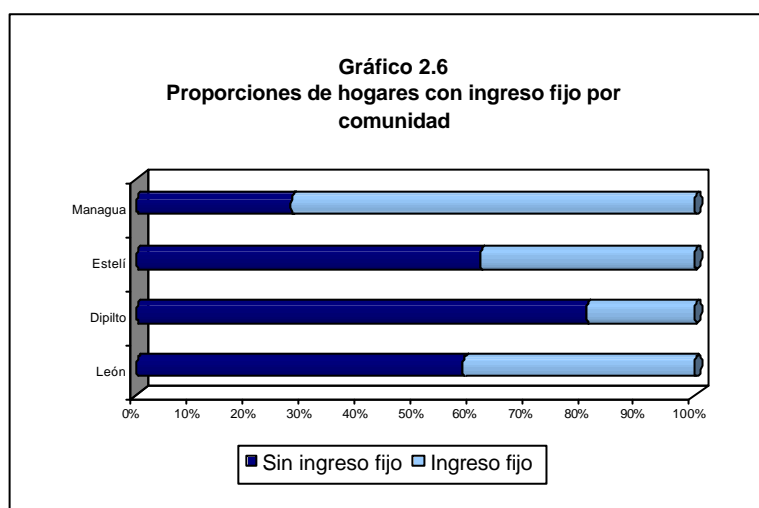
Por tanto, los factores que provocan discusiones no son necesariamente aquellos que se consideran 'causa' de violencia; o por lo menos no de manera directa. De las mujeres que señalaron que las discusiones en el hogar ocurren por problemas económicos, solamente una minoría piensa que los problemas de dinero 'causan' violencia; más de la mitad señaló que la violencia proviene de la bebida. Obviamente, ambos están interrelacionados: los

problemas económicos pueden provocar discusiones, que a su vez pueden llevar a los hombres a la bebida o las discusiones pueden tener su origen en el hecho de que los hombres se ‘beban’ parte de los ingresos del hogar; una vez borrachos, es más probable que los hombres recurran a comportamientos violentos.

Vulnerabilidad económica

Más que medir el ingreso, egreso o consumo, un indicador importante del bienestar económico, dentro del marco más amplio relativo a las distintas formas de vivir, es el número de personas que generan ingresos y la naturaleza de su capacidad para generarlos. El 16 % de los hogares estudiados reportaron que no había nadie trabajando en el hogar en ese momento. De los hogares con jefatura femenina, más del doble reportaron que no había ni una persona trabajando en el momento de la entrevista, comparándolos con los hogares de jefatura masculina (24% en comparación a 12%). 42% del total de hogares tenían solamente un ‘trabajador’, 25%, dos trabajadores y 17% tres o más trabajadores. Sin embargo, solamente el 11% de los hogares tenían tres o más fuentes de ingresos, es decir, las personas dentro de un hogar pueden estar trabajando en la misma ocupación, por ejemplo, como trabajadores agrícolas y así su capacidad de generar ingresos puede no ser independiente.

Sin embargo, el número de trabajadores y de fuentes de ingreso no es lo único importante a considerar sino que debe tomarse en cuenta la naturaleza de las actividades, distinguiendo en qué medida la fuente principal y única de ingresos del hogar es ‘fija’. Tomando en cuenta solamente a las personas claves que generan ingresos, en el 57% de los hogares no existe ninguna

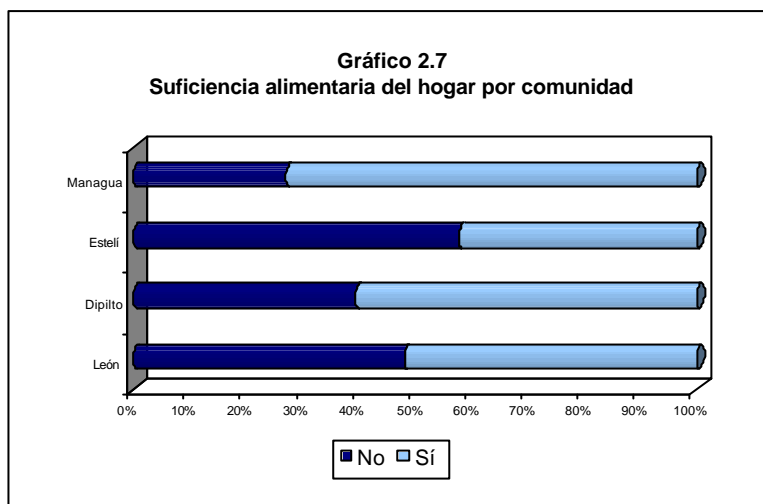


fuente fija de ingresos, ya que el trabajo principal de los y las trabajadoras se realiza ‘de vez en cuando’.⁵ En cuanto a la localización, también existen significativas diferencias: en las áreas rurales, en 69% de los hogares, las principales personas trabajadoras no cuentan con una fuente fija de ingresos, mientras en las áreas urbanas el 45% se encuentra en la misma situación. Sin embargo, esto esconde las diferencias entre comunidades dentro de cada zona y únicamente en Managua la mayoría de los hogares tienen una fuente fija de ingresos (véase Gráfico 2.6). En cuanto a las diferencias dentro de las comunidades, éstas surgen de la jefatura y la edad. Aunque el 50% de las unidades con jefatura masculina no tienen una fuente fija de ingresos, el 70% de los hogares de jefatura femenina están en esta situación. La edad de la mujer del hogar también es significativa y es entre las mujeres más jóvenes y más viejas que es más notable la ausencia de un ingreso fijo en el hogar.

La otra medida general de pobreza, además del ingreso, es el consumo. Los niveles de consumo no se midieron a partir la capacidad del hogar para comprar una canasta básica sino que se les preguntó a las mujeres si en la semana recién pasada hubo alimentos

⁵ Aquí solamente estamos tomando en cuenta a las mujeres mismas y a los hombres compañeros.

suficientes en el hogar, es decir, hasta que punto pudieron satisfacer lo básico de las 'necesidades básicas'. De todas las mujeres entrevistadas, 44% dijeron que no habían tenido alimentos suficientes para el hogar. Existen diferencias significativas entre las comunidades, en Managua se registran los niveles más bajos de insuficiencia alimentaria mientras que Estelí reporta los niveles más altos (véase Gráfico 2.7)



A nivel del hogar la idea de que los hogares de jefatura femenina son los 'más pobres entre los pobres,' tal como señala la teoría, sugeriría que deberían existir diferencias significativas. Sin embargo, encontramos proporciones similares de mujeres jefas y mujeres compañeras que reportaron insuficiencia alimentaria.

También pudiera asumirse que la suficiencia alimentaria debería ser igual o mejor en hogares extendidos, en comparación con hogares nucleares, dado que la extensión del hogar se ha señalado como parte de las estrategias de vida; de hecho, existen diferencias significativas y se registraron menos hogares extendidos (34%) con insuficiencia alimentaria que hogares no extendidos (49%). Los resultados sugieren que aunque los hogares de jefatura femenina pueden ser relativamente 'pobres' debido a la falta de una fuente fija de ingresos, sí tienen suficientes alimentos, mientras que los hogares no extendidos pueden estar en 'pobreza' debido no a un ingreso suficiente sino a un acceso insuficiente a los alimentos.

Es interesante señalar que la suficiencia alimentaria y el indicador sobre las maneras de vivir anteriormente señalado no están significativamente relacionados. Es decir, proporciones similares de hogares sin ingreso fijo y de hogares con ingreso fijo reportaron insuficiencia alimentaria. Esto sugeriría que la disponibilidad de alimentos dentro de un hogar no está directa o simplemente relacionada a la disponibilidad de ingresos sino que ambos se interrelacionan de una manera compleja. Esto encuentra respaldo en el hecho que entre los hogares de jefatura masculina, donde las mujeres están trabajando, registraron los niveles más altos de insuficiencia alimentaria (51% en comparación con el 40% de los hogares donde las mujeres no trabajan). Lo que esto sugiere es que las mujeres están trabajando por necesidad económica pero que su trabajo no necesariamente mejora la situación económica de los hogares ni tampoco reduce la vulnerabilidad.

Por lo general, la vulnerabilidad está relacionada a la habilidad del hogar para resistir crisis. Sin embargo, al pedir a las encuestadas que mencionaran un período especialmente crítico en el último año (el mes más difícil para el hogar), una pequeña proporción (4%) respondió que no podía señalar un mes que haya sido particularmente difícil, una minoría significativa (18%) no pudo señalar un mes en particular pero contestó que todos habían sido difíciles; es decir, la crisis no corresponde a un período corto sino a una realidad de largo plazo.

Es interesante señalar que las maneras de concebir el futuro y las posibilidades de mejoría en el futuro pueden también ser un indicador de la situación actual, como lo sugiere los

trabajos de Nussbaum (1995) y Sen (1999). Al preguntarles cuáles eran sus aspiraciones personales, la mayoría de las mujeres (84%) mencionaron una aspiración concreta; sin embargo, una proporción mencionó aspiraciones que no son personales sino de sus hijas e hijos. Esta percepción del futuro, ligada a su prole más que a una mejoría personal, es mucho más fuerte en mujeres jefas que en mujeres que viven con un compañero (69% de las mujeres compañeras mencionaron una aspiración personal en comparación al 57% de las mujeres jefas). Incluso puede afirmarse que las necesidades básicas y la vulnerabilidad reducen la capacidad funcional básica de pensar en un futuro mejor: un 25% de los hogares con mayor vulnerabilidad económica no tienen aspiraciones, mientras en hogares económicamente menos vulnerables esta cifra es de un 12%.

Resumen

Los datos muestran que hay problemas comunes entre las comunidades, como el hecho de que las personas en la comunidad se sienten inseguras o que existen altos niveles de violencia; sin embargo, hay diferencias en como las comunidades los perciben y conciben. Esto sugiere que no es posible el éxito de planes muy generales o regionales para enfrentar los problemas sociales y que es necesario construir iniciativas a nivel local basadas en la comprensión real de cómo las personas conciben y viven la privación. Es importante considerar en particular temas como la edad y el estado civil, que influyen en las percepciones de bienestar. Por tanto, no es suficiente asumir a las 'mujeres' como una categoría de análisis, dado que existen diferencias entre ellas mismas. Se necesita entender las diferencias entre las comunidades y entre los hogares dentro de éstas, si se quiere mejorar el bienestar relativo de cada una de ellas. Entender cómo las mujeres viven la pobreza y la privación en su diversidad es un primer paso para comprender cómo enfrentar la pobreza de la mejor manera posible.

Tercera sección: Cómo sobreviven los hogares

Aunque para muchas personas el concepto de vulnerabilidad implica ‘falta de’ o alude a las limitaciones que las personas enfrentan, aquellas personas que utilizan el término tienden a enfocar más sus posibilidades: es decir, se centran no en las carencias sino en cómo las personas utilizan los recursos que tienen. La vulnerabilidad relativa está entonces muy estrechamente ligada a las ideas de estrategias de sobrevivencia, las que a su vez se basan en la noción de activos. Aunque las diferentes concepciones de vulnerabilidad conducen a diversas maneras de discutir en qué se apoyan estos activos, aquí consideraremos solamente los elementos centrales que son útiles en este contexto: empleo, relaciones familiares y capital social.

Relaciones familiares y composición del hogar

Aunque es posible considerar las relaciones familiares de diversas maneras, centraremos la discusión en una estrategia importante de sobrevivencia señalada por la literatura: la ‘extensión’ de los hogares, es decir, el hecho de que la unidad nuclear estándar busca cómo incluir otros parientes (padres, hermanas, hermanos, etc.) o amistades para poner en un fondo común los recursos disponibles y reducir los gastos fijos cotidianos. Este tipo de arreglo también ‘libera’ a otros miembros del hogar, especialmente a las mujeres, para que puedan integrarse a actividades generadoras de ingresos, que serían imposibles de realizar si otros parientes o amistades no toman su lugar y asumen parte de las responsabilidades domésticas y de cuidado que les son asignadas. Se ha sugerido que esto constituye una estrategia de sobrevivencia de manera particular para hogares de jefatura femenina porque permite compensar la ausencia de un hombre generador de ingresos al incorporar otras personas generadoras potenciales de ingresos y permitir que la mujer jefa misma se dedique a las tareas productivas más que reproductivas.

La mayoría de los hogares (66%) en las comunidades estudiadas son unidades no extendidas. A pesar de que 50% de las mujeres entrevistadas perciben beneficios en vivir en hogares extendidos, los conciben no tanto en relación a factores económicos señalados por la literatura, sino más bien de factores de orden no económico, como la compañía (fue mencionada por 34%), o el apoyo social y moral que conlleva (28%). A la vez, 1 de cada 3 mujeres en hogares extendidos mencionaron que la desventaja de vivir con familiares y amistades eran los conflictos que surgen, de manera particular, las discusiones sobre las y los niños. Solamente 12% habló de beneficios económicos potenciales y un 9% más mencionó como beneficio el compartir actividades reproductivas.

En los hogares extendidos del estudio, existen como promedio más personas trabajadoras que en los hogares no extendidos y una proporción más alta tienen una persona trabajando (75% en comparación a solamente 39% de los hogares no extendidos). También en los hogares extendidos es más probable que más de una persona esté dedicada a las actividades del hogar (34% en comparación a solamente 10% en hogares no extendidos). Sin embargo, es también el caso que en 80% de los hogares extendidos, al menos un miembro del hogar tenía la característica de no hacer ‘nada’, es decir, que no tenía asignada ninguna actividad en particular (en comparación al 19% de hogares no extendidos). Por ende, no está claro si la extensión conlleva, en todos los casos, beneficios relacionados con la ampliación del fondo común de trabajadores productivos y reproductivos.

Los datos sugieren que la extensión del hogar se da, con frecuencia, vía la incorporación de hijas e hijos adultas y adultos (aproximadamente en el 50% de los hogares extendidos hay

un hijo y/o hija adulto/a), que incorporan su cónyuge o sus hijos e hijas a la unidad. En el primer escenario la extensión amplía el fondo común de trabajadores productivos potenciales mientras en la última, no necesariamente trae beneficios económicos. De hecho, las hijas adultas que viven en casa de sus papás con sus hijos y/o hijos después de separarse de su pareja, o aquellas que nunca vivieron con una pareja, representan el 20% del total de hogares extendidos (es más probable que los hijos varones adultos vivan con su cónyuge dentro de su hogar de origen que solos con sus hijas/os) y a esta extensión no productiva se agrega los hijos e hijas que envían a sus hijas/os a vivir con sus papás. Aun cuando al hogar se incorporan otras personas adultas (como hermanos o amigos), es más probable que sean mujeres más que varones y de éstos, 20% viven en el hogar con su prole.⁶

Por tanto, la extensión 'no productiva' significa una proporción considerable, lo que puede explicar la baja percepción de que la extensión conlleva beneficios económicos, como sugiere la literatura. Más aún, si hay pocas oportunidades para encontrar trabajo productivo, la extensión puede implicar que el potencial del fondo común de trabajadores disponible se diluya en la medida que la distribución se da entre mayor número de personas y de hecho, sirve para incrementar en lugar de reducir la vulnerabilidad.

Empleo y estrategias de vida

Dentro del marco de vulnerabilidad, un activo importante a tomar en cuenta es el trabajo, y desde la perspectiva de diferentes modos de vida, surge la necesidad de tomar en cuenta no solamente el empleo remunerado de los miembros del hogar sino la naturaleza de las actividades generadoras de ingreso.

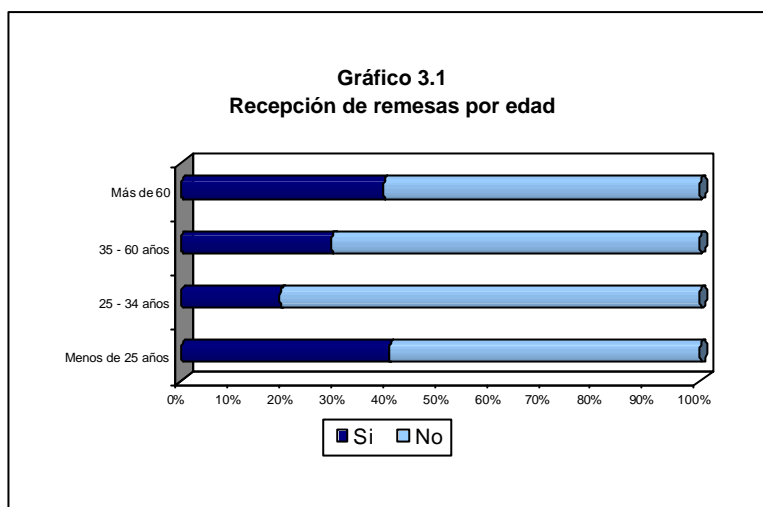
Las actividades económicas de las mujeres pueden agruparse en 4 categorías principales⁷: Extensión del rol reproductivo al productivo, como actividades relacionadas con lo 'doméstico' por ejemplo, trabajadoras de la limpieza (37% de las mujeres); actividades que están relacionadas con la 'venta de...': tortillas, cosméticos (29%); actividades relacionadas con la agricultura; incluye cocinar para los trabajadores agrícolas (17%); actividades u oficios semiprofesionales como mujeres policías o costureras (17%). Por tanto, no existe, en general, una categoría única de alta concentración. Sin embargo, al analizar los datos a nivel comunitario, se observa cierto grado de 'agrupamiento' en Dipilto y Managua, donde más del 50% de las mujeres realizan una de estas actividades; en Dipilto son actividades relacionadas con la agricultura y en Managua, actividades domésticas. En cuanto a las ocupaciones de los hombres jefes, solamente un tercio de los hombres (35%) trabajan en actividades relacionadas con la agricultura (por lo general, como jornaleros). Las actividades no agrícolas son variadas pero un tercio de la muestra se concentra en 4 actividades – construcción, vigilancia, transporte y comercio– y el resto cubre una amplia gama de actividades: desde limpieza de piscinas hasta trabajo en un bar, por ejemplo. Al considerar las actividades por comunidad, aparece que la agricultura es importante en dos de las comunidades rurales, y con una alta concentración (75%) en agricultura en Dipilto, tal como era de esperarse.

Así, Dipilto muestra el nivel más alto de dependencia en una sola fuente de ingresos (agricultura) tanto para las mujeres como para los hombres, mientras que Managua ofrece mayor diversidad para los hombres; respecto a las mujeres parece haber una agrupación en actividades relacionadas con lo doméstico (más de 50%). Dado que el 61% del total de

⁶ Del total de hogares, 28% tenían una mujer adulta presente y en 19% de los casos tenían un adulto varón.

⁷ Esta discusión comprende solamente las actividades de la 'mujer de la casa'

hogares dependen de una sola fuente de ingreso, la dependencia dentro de una comunidad en una actividad particular es problemática para las diferentes maneras de vivir de los hogares dentro de la comunidad. Sin embargo, una serie de hogares reciben recursos del exterior, aunque no necesariamente de fuera de la comunidad.



En 28% de los hogares una persona o personas que viven fuera del hogar contribuyen a éste, sea en dinero o especie, y el flujo de recursos tiende a darse entre padres e hijas/os (40% de los recursos recibidos son de los padres y 17%, de las y los hijos)⁸.

Esto sugiere que la edad de las mujeres del hogar es importante y sí hay diferencias significativas en

tanto que más mujeres jóvenes y mujeres mayores reciben recursos de fuera del hogar: las primeras reciben dinero o bienes de sus padres y las últimas de sus hijas e hijos (véase Gráfico 3.1). Esto sugiere que las redes familiares son particularmente importantes para las mujeres jóvenes y las mujeres mayores.

Capital social: redes sociales

La idea de redes de reciprocidad e intercambio se encuentra dentro de la agenda de desarrollo en el contexto de las discusiones sobre capital social. Se considera que los niveles de capital social influyen en la habilidad para responder a situaciones de crisis, y también sirven como un indicador de la vulnerabilidad individual a la crisis. Para obtener información al respecto, se les preguntó a las mujeres sobre un período crítico particular: el mes más difícil del año pasado.

La mayoría de las mujeres respondieron que uno o varios meses fueron difíciles (36% mencionaron junio y julio –período en que se realizó el estudio y tiempo de sequía); no obstante, 18% respondieron que todos los meses fueron difíciles, sugiriendo con ello la existencia de una situación permanente de crisis.⁹ Las explicaciones que dieron sobre por qué ese mes había sido particularmente difícil tendieron a tener un origen económico (56%) o mencionaron hechos que resultaron en pérdidas económicas, como la sequía (10%) o gastos económicos adicionales, como enfermedades familiares (10%). Una persona enferma en la familia significa gastos adicionales, dado que la mayoría de las personas encuestadas no tienen seguro de salud (6% tienen algún tipo de seguro y se concentran en Managua)¹⁰. Más aún, se tiende a considerar que las enfermedades en la familia son responsabilidad de las mujeres como extensión de su rol de ‘cuidadora’ y de esta manera es posible que se perciba que encontrar el dinero para pagar los gastos relacionados con la salud también está bajo su responsabilidad. Esto es particularmente importante, dado el

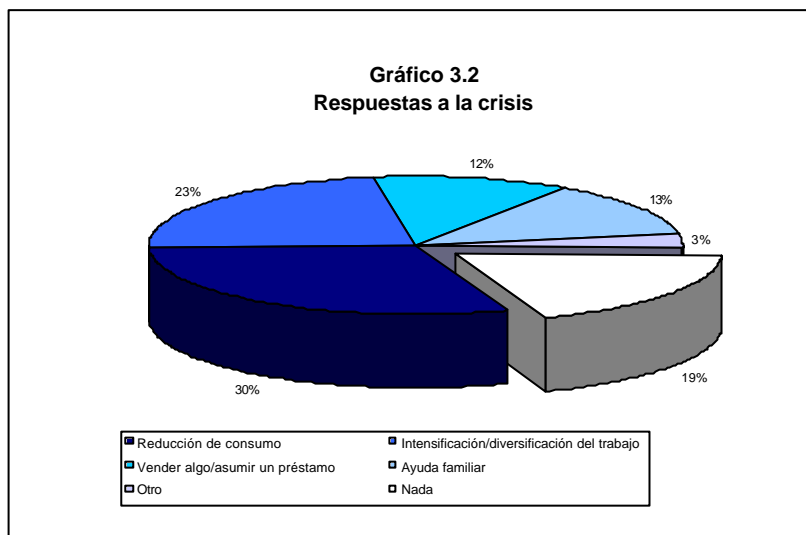
⁸ 17% más reciben recursos de sus ex cónyuges representando el 29% de lo recibido por mujeres jefas.

⁹ Solamente un 4% dijo que ningún mes había sido más difícil

¹⁰ En 16% de los hogares de las cuatro comunidades hay por lo menos un miembro del hogar que sufre de una enfermedad crónica (para la cual, 43% no reciben ninguna atención médica)

caso que menos de la mitad de las mujeres entrevistadas (45%) dijeron que el hogar tenía el dinero disponible para pagar los gastos la última vez que alguien en la familia se había enfermado. Esto no es ninguna sorpresa, ya que las estadísticas a nivel nacional de la Auditoría Social revelan que el gasto promedio en salud por episodio representa 21% del costo de la canasta básica de productos (CIET/CCER, 2001). Es interesante señalar que las estrategias adoptadas para solventar los gastos de salud difieren según quién es la persona enferma; cuando es la mujer misma, las acciones para cubrir los gastos pueden percibirse como algo ‘personal’ en el sentido que no incluyen recurrir a otros o, por ejemplo, utilizar dinero del gasto para comprar la medicina (9%) o comprar las medicinas necesarias de una sola vez (4%).

Como señalamos anteriormente, las enfermedades no son la única crisis que enfrentaron en el transcurso del año. En general, solamente una minoría de mujeres recurrió a la familia en busca de ayuda en tiempos de crisis. La mayoría de las respuestas al ‘mes más difícil’ registradas, aunque permitieron



resolver la crisis a corto plazo, posiblemente causarán efectos negativos en el largo plazo, dado el incremento de la vulnerabilidad que puede significar reducir el consumo o asumir un préstamo (véase Gráfico 3.2). Las respuestas sugieren que en periodos de crisis las redes se utilizan poco y el apoyo parece provenir del hogar o la familia. Esto se puede interpretar como un indicador de que existen bajos niveles de ‘capital social’, o sea, que las redes no están funcionando ni tampoco están bien fundamentadas. Sin embargo, también puede significar que las reservas existentes de capital social se han ‘agotado’; es decir, que ya no es posible utilizar las redes en tanto que dejan de funcionar por haber sido utilizadas en exceso. El hecho de que 19% de las personas que respondieron, dijeron que durante el periodo de crisis no hicieron ‘nada’ para salir de la situación, respalda lo dicho; percibieron que no quedaba ninguna estrategia para enfrentar ese último ‘golpe’.

Capital social: organización social

La organización comunitaria puede ser importante para entender hasta qué punto las y los individuos y los hogares pueden recurrir a otras personas para obtener ayuda en tiempos de crisis, ya que se pueden construir las reservas de capital social como un subproducto de la interacción social dentro de una comunidad, en tanto promoción de vínculos y relaciones informales horizontales. Sin embargo, la mayoría (71%) de las personas entrevistadas respondieron que las personas en la comunidad no se ayudan entre sí y la falta de apoyo entre vecinos generalmente es percibida como ‘falta de espíritu comunitario’ (66%).

Personas que sí identifican espacios para la discusión comunitaria (44%) están más inclinadas a pensar que en la comunidad sí existe ayuda mutua, aunque no participen en ese espacio; entretanto, aquellas que no identifican espacios para la discusión (22%) tienen menor percepción en cuanto a existencia de esta clase de ayuda. La existencia de espacios de discusión puede ser más importante para definir el espíritu comunitario que la propia participación en esos espacios, puesto que dicha participación puede revelar los problemas existentes dentro de los espacios¹¹.

Aquellas personas que identificaron en la comunidad un espacio donde más se discuten los problemas (47%), explicaron su falta de participación por el hecho de que “siempre deciden las mismas personas” o porque a ellas no les “toman en cuenta”, más que por características personales como falta de tiempo (41%) o razones de género, es decir, porque es su compañero el que más participa (12%).

Aunque algunas mujeres en cada comunidad sugirieron que existían esos espacios, al preguntarles dónde discuten los problemas de la comunidad, 41% de las mujeres respondieron que la comunidad no se organiza para discutir los problemas y un 7% más dijeron que no sabían. Eso permite deducir que para casi la mitad de mujeres entrevistadas no existe la ‘autoayuda’ como forma de organización comunitaria. El reconocimiento de espacios comunitarios de discusión es más bajo en Managua y 81% de las mujeres dijeron que la comunidad no se reúne para discutir sus problemas. En comparación, en Dipilto solamente 6% no identifican un espacio donde la comunidad se reúne a discutir sus problemas.

El conocimiento de que existe un espacio para la discusión es importante de por sí para alentar el ‘espíritu comunitario’, que incluye nociones sobre confianza y apoyo mutuo, ambos componentes importantes del capital social. La mayoría de las mujeres (74%) que saben que la gente se reúne para discutir los problemas de la comunidad, participan en estas discusiones fortaleciendo esas relaciones sociales y mejorando las redes de capital social.

Capital social: participación

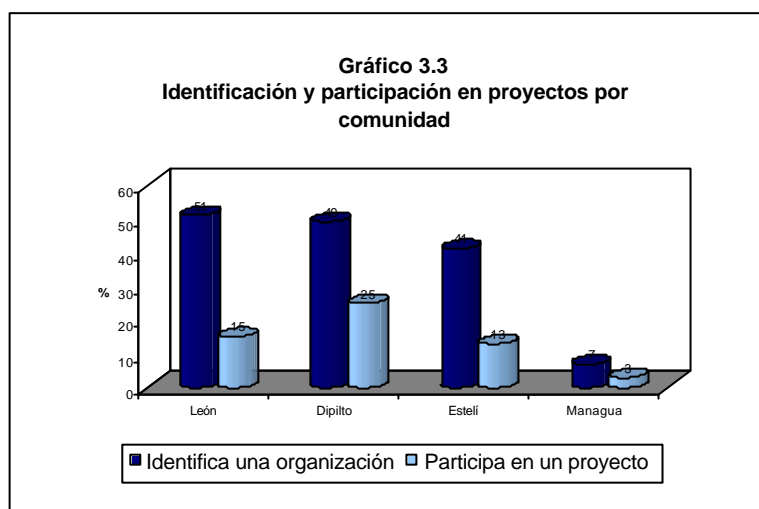
Con la participación en un grupo o un proyecto, es posible que surja un capital social más ‘formal’, dentro del cual se establecen vínculos verticales a los cuales es posible recurrir en tiempos de crisis. En las comunidades estudiadas pareciera existir la oportunidad de formar este tipo de capital social, ya que 64% de las mujeres identificaron a una ONG u otra expresión de la sociedad civil trabajando para mejorar la situación de la comunidad.

Las mujeres en las cuatro comunidades estudiadas identificaron 24 organizaciones en total; aunque proporciones similares de mujeres identificaron organizaciones en tres comunidades, en la comunidad en Managua fueron identificadas sólo tres organizaciones y únicamente 7% de las mujeres pudieron identificar una organización (véase Gráfico 3.3). Por ende, Managua muestra tanto bajos niveles de identificación de organizaciones como baja identificación de esas organizaciones. Esto, junto con la baja percepción de (auto) organización, sugiere que en la comunidad de la capital las reservas de capital social organizacional son las más bajas.

¹¹ Al preguntarles quién toma las decisiones en los espacios identificados, solamente 13% dijeron que ‘todos’ deciden, 60% afirmaron que varias personas toman las decisiones, mientras 27% pensaron que solamente unas cuantas personas en la comunidad son las que toman las decisiones. En términos de género no se percibe que los hombres dominen la toma de decisiones, sino que los que deciden son tanto hombres como mujeres (73%).

Sin embargo, aunque en por lo menos tres comunidades existe un amplio número de organizaciones razonablemente visibles, solamente 14% de las mujeres dijeron que participaban en alguna de las organizaciones identificadas.¹² Al analizar la participación en proyectos es común pensar, por lo general, en dos categorías amplias: intereses prácticos y estratégicos. Los primeros sugieren que las mujeres participan para satisfacer las llamadas 'necesidades prácticas de género', es decir, que la participación permite a las mujeres satisfacer de mejor manera su rol 'femenino' socialmente asignado vía proyectos centrados, por ejemplo, en la nutrición o cuidado de la salud infantil. Respecto a los intereses estratégicos de género, la participación se define analizando los roles de género y el deseo de mejorar o transformar la situación. De manera general, la participación estratégica parte del compromiso 'político' de transformación y la participación práctica se basa en la posibilidad de obtener beneficios materiales.

Al preguntarles a las mujeres que estaban participando en espacios y proyectos por qué lo hacían, la mayoría (67%) respondió según una lógica 'práctica', o sea, para obtener recursos o servicios. A pesar de que existen diferencias significativas entre las comunidades con niveles altos de participación por razones prácticas en León y Dipilto (83% y 72% respectivamente) comparados con Estelí (60%), dichas diferencias se pueden relacionar con la naturaleza de los proyectos más que con una manera diferente de ver las cosas *per se*. Más mujeres jefas dijeron que participaban por razones estratégicas (53%) que las mujeres que viven con un compañero (22%). Aunque no son estadísticamente significativas, ya que su número es muy pequeño, todas las mujeres jóvenes que participan en un proyecto afirmaron que lo hacen por razones prácticas. En cambio, sólo un tercio de las mujeres de más de 25 años de edad dijo otro tanto.



respectivamente) comparados con Estelí (60%), dichas diferencias se pueden relacionar con la naturaleza de los proyectos más que con una manera diferente de ver las cosas *per se*. Más mujeres jefas dijeron que participaban por razones estratégicas (53%) que las mujeres que viven con un compañero (22%). Aunque no son estadísticamente significativas, ya que su número es muy pequeño, todas las mujeres jóvenes que participan en un proyecto afirmaron que lo hacen por razones prácticas. En cambio, sólo un tercio de las mujeres de más de 25 años de edad dijo otro tanto.

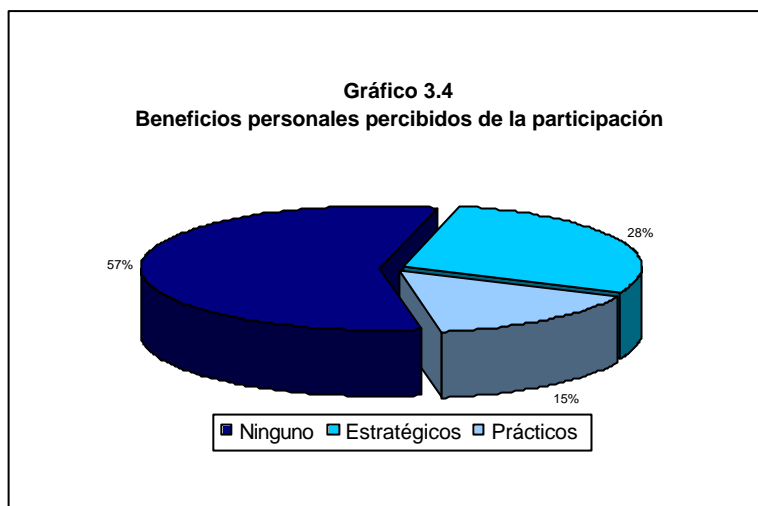
La participación o no participación de las mujeres depende en gran medida de los beneficios que perciben de su participación. Al preguntarles sobre los beneficios, personales y familiares, el 7% de las mujeres dijeron que no perciben ningún beneficio a este nivel, sugiriendo que existe una participación pequeña y minoritaria puramente altruista. Sin embargo, la mayoría percibe que por lo menos la familia se beneficia con su participación vía recursos materiales (31%), alimentos (21%) y servicios (21%).

En respuesta a la pregunta: Y usted personalmente, ¿qué beneficios obtiene de su participación?, más de la mitad de las mujeres (57%) no identifican ningún beneficio personal de su participación (véase Gráfico 3.4). La mayoría de las mujeres que sí identificaron un beneficio personal, en contraste con beneficios familiares, concibieron el

¹² Debe ponerse cuidado al hacer el análisis sobre la participación, dado que las cifras son muy bajas. Las cifras en este análisis de la participación son muy bajas, ya que, en total, solamente 14% de la muestra participan. Es más, las tasas extremadamente bajas de participación registradas en Managua significan que a partir de este momento, no estarán incluidas en el análisis.

beneficio obtenido en términos estratégicos más que prácticos (28% comparados con 15%). Una vez más las características de las mujeres influyen en la percepción de los beneficios que conlleva la participación. Más mujeres jefas sienten que no perciben ningún beneficio personal por participar (64%) en comparación con las mujeres que viven con un compañero (52%).

Todo lo anterior indica que no es fácil identificar las razones de por qué las mujeres participan o no en organizaciones y proyectos disponibles en las comunidades. Lo que sí parece claro es que no son las mujeres mismas las que se benefician personalmente de su participación sino que su participación incrementa los beneficios para la familia. Aunque la familia



puede obtener ganancias materiales, el hecho que las mujeres mismas no perciban beneficios personales es importante respecto al 'subproducto' de la participación señalado, es decir, reservas mejoradas de capital social o mayor habilidad para fortalecer relaciones sociales, tanto horizontales como verticales, en tiempos de necesidad. Los resultados sugieren que la participación de las mujeres en los proyectos no está fortaleciendo sus reservas de capital social o por lo menos, se percibe de esa manera, y que mejora únicamente la situación material actual de los demás miembros del hogar.

Esta falta de beneficio personal de la participación puede ser la causa de los bajos niveles de participación en los proyectos disponibles. Otros factores que limitan la participación, como, por ejemplo, el hecho que la mujer está involucrada en actividades de generación de ingresos, no parecen influir en la decisión de participar. Al preguntar a las entrevistadas cuáles son los problemas que las mujeres enfrentan para participar en los proyectos, solamente 14% de las mujeres mencionaron el trabajo remunerado; la mayoría de las mujeres (60%) sugirió que las responsabilidades domésticas limitaban su capacidad de participar en proyectos. Una minoría significativa de mujeres (14%) mencionó que el principal obstáculo para participar eran los hombres, es decir, que a los hombres no les gusta que 'su' mujer participe. Más aún, al preguntarles si la participación de las mujeres en los proyectos provocaba problemas entre la mujer y su compañero, 40% de las mujeres dijeron que sí y, de éstas, 44% señaló que en estos casos no había otra alternativa más que abandonar el proyecto. Esto sugiere que los roles y relaciones de género determinan quién participa y quién se beneficia de las distintas intervenciones diseñadas para incrementar el bienestar de una comunidad.

Resumen

Considerando los 'activos' contemplados dentro del marco de vulnerabilidad, los resultados sugieren que los recursos disponibles para que las personas desarrollen estrategias de sobrevivencia son limitados. Respecto a las relaciones familiares, aunque una serie de mujeres viven en hogares extendidos, estrategia señalada por la literatura como medio para

mejorar la posición económica, parecen pocos los beneficios económicos que se derivan de ésta. En parte eso ocurre porque los miembros adicionales del hogar son no productivos, lo que en parte se deriva de la falta de oportunidades de empleo en las comunidades. La falta de oportunidades también tiene un impacto en los modos y estrategias de vida de los hogares, puesto que resulta difícil diversificar las fuentes de ingreso. En situaciones de crisis económica las redes de reciprocidad e intercambio se vuelven mucho más importantes. Sin embargo, los resultados sugieren que fuera de la familia, las redes comunitarias más amplias parecen ser poco utilizadas o estar agotadas y que las intervenciones externas a la comunidad, que, se suponía, podrían adquirir particular importancia en este contexto, aparentemente son poco utilizadas, dado que los beneficios percibidos de la participación de las mujeres parecen ser bajos.

Cuarta sección: Los sitios de pobreza según el género

Las formas en que las mujeres viven la pobreza varían en el tiempo y en el espacio. La pobreza se vive dentro de diferentes sitios y espacios y a diferentes niveles: en la sociedad en general, en espacios públicos como el mercado laboral y los procesos políticos; en la comunidad, a través de las normas sociales y de género y en el hogar. Estos sitios también interactúan para reforzar esa pobreza o pueden de hecho establecer procesos y mecanismos contradictorios. Abordaremos a continuación varios de estos sitios y cómo influyen en la pobreza de las mujeres en su diversidad.

Trataremos específicamente dos sitios de pobreza que han adquirido gran importancia muy recientemente, dada su prominencia dentro de la ERCERP del Gobierno, es decir, el empleo, que abordamos en el marco de la discusión sobre el mercado laboral; y la educación, concebida en esta investigación como una institución social importante y un sitio para la socialización de género. Además, se investigará el hogar como sitio importante de la pobreza de las mujeres, recalcando la necesidad de incluirlo en las políticas de reducción de la pobreza.

Mercado laboral

No ha habido cambios sustanciales en el enfoque central de las estrategias de reducción de la pobreza alrededor del mundo desde la teoría de modernización del desarrollo y continúa el supuesto de que el crecimiento económico puede llevar al desarrollo y reducir la pobreza. Es aceptado que para reducir la pobreza es necesario crear empleo, es decir, se acepta el crecimiento económico de mano de obra intensiva. Sin embargo, el impacto que la creación de empleos tiene sobre la pobreza no es claro, dado que pueden existir obstáculos estructurales que obstruyen el acceso de las personas y de los grupos de personas a las oportunidades creadas.

Al preguntar a las entrevistadas qué posibilidades para la generación de ingresos existían en las comunidades, la mayoría de las mujeres (88%) contestaron que 'ninguna'. Esto podría explicar el hecho de que solamente un tercio (36%) se identificaron como 'trabajadoras'¹³ cuando se les preguntó directamente si ellas trabajaban. Cuando se preguntó a las mujeres que no se identifican como trabajadoras por qué no estaban realizando algún tipo de actividad para generar ingresos, el 28% mencionó la falta de oportunidades. Sin embargo, para la mayoría existen otros factores que limitarían su participación aun si hubiera oportunidad, dado que 47% afirmó que no pueden 'trabajar' debido a las responsabilidades del trabajo reproductivo y el cuidado de la casa y de las y los niños; un 6% dijeron que no trabajarían porque sus padres no les darían permiso. De esta manera las normas socialmente construidas alrededor de los roles y responsabilidades de género sirven para limitar la participación de la fuerza de trabajo femenina.

Es más, las normas de género también sirven para invisibilizar el trabajo productivo que realizan las mujeres. Al preguntarles sobre las actividades específicas de generación de ingresos a las mujeres que dijeron que no tenían trabajo, el 30% respondió que a veces lavan y planchan y 28% que a veces venden comida. Estas actividades generadoras de ingresos no se consideran trabajo por su relación con la esfera doméstica o no productiva. Otras actividades no son identificadas como 'productivas' porque no generan directamente

¹³ Dado que el concepto de 'trabajo' puede incluir tanto las actividades reproductivas y productivas, es importante señalar que únicamente 4% de las que se autoidentificaron como trabajadoras estaban realizando solamente actividades reproductivas.

un ingreso. Por ejemplo, de las que tienen tierra, un 20% se identificó a sí misma como la responsable de la tierra. El hecho que no se consideraran 'trabajadoras' puede estar ligado a que la producción es para el consumo del hogar o que no son ellas las responsables de vender la cosecha y por lo tanto, no reciben directamente los ingresos. Esta afirmación queda respaldada por el hecho de que aquellas que estaban trabajando en la cosecha, (34%) afirmaron que no estaban recibiendo ingresos sino que el hombre recogía el pago de la familia. Sin embargo, esto no significa que los hombres no valoren el trabajo productivo de las mujeres. Entre las mujeres cuyo compañero también fue entrevistado, alrededor de un tercio de los hombres no estaban de acuerdo con la concepción de su compañera sobre sus actividades; aunque las mujeres afirmaron que ellas no 'trabajaban', sus compañeros dijeron que sí.

Por tanto, aunque las agencias oficiales con frecuencia no tienen la concepción de las mujeres como generadoras de ingresos, esto se debe en parte al hecho de que a menudo, ellas mismas tampoco conciben sus actividades como 'trabajo'. Esto es importante, ya que es posible formular políticas considerando que existe el trabajo femenino 'de reserva', o sea, que las mujeres están libres para realizar actividades de generación de ingresos, cuando en realidad ya están generando ingresos. Las iniciativas que no toman en cuenta la situación real se pueden convertir en cuellos de botella y tener efectos negativos indirectos en las economías locales y en las estrategias de sobrevivencia.

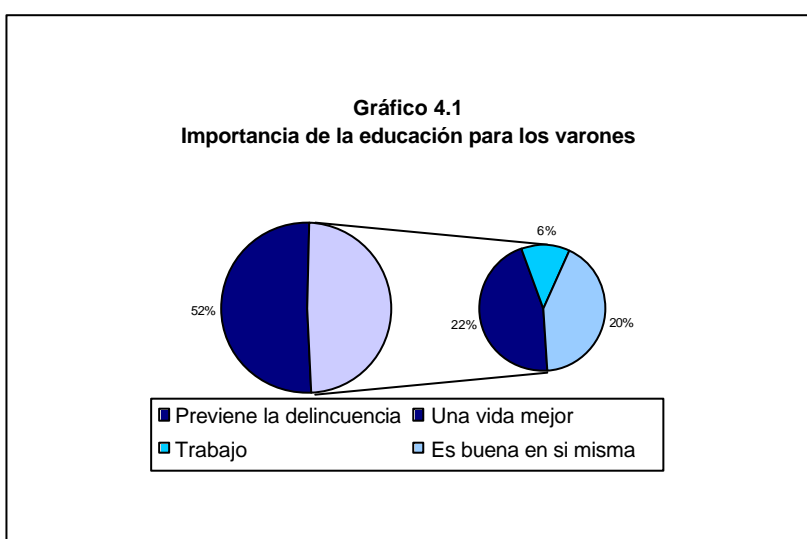
En lo que respecta a las mujeres que no se autoidentifican como generadoras de ingresos, las diferencias geográficas no son el factor más importante, aunque sí hay diferencias. Existen características de las mujeres que también influyen sobre la manera en que ellas se insertan en la fuerza laboral; los más notables son los factores del curso de vida. Un mayor número de mujeres mayores de 25 años, mayor número de mujeres cuyo hijo o hija mayor tiene más de 5 años de edad, y mayor número de mujeres jefas, se encuentran realizando trabajo productivo (45% de las mujeres jefas trabajan, en comparación al 32% de mujeres que viven con un compañero). Sin embargo, es más probable que las mujeres jefas sean mayores y que tengan hijas e hijos de mayor edad que las mujeres que viven con un compañero. El hecho que las tasas de participación de la fuerza de trabajo son altas entre las mujeres que actualmente viven con un hombre pero que han vivido solas en otros periodos de tiempo (43% trabajan), en comparación con las que nunca han vivido solas (26%) sugiere que la jefatura femenina es un factor importante.

La creación de oportunidades de trabajo no lleva en sí misma a que estas oportunidades sean realmente aprovechadas, a menos que se tomen en cuenta estos factores, especialmente si se requiere fuerza de trabajo femenina joven y en este caso, se tendrán que considerar los roles y relaciones de género socialmente asignadas.

Por tanto, el mercado laboral es un sitio bastante teñido por el género. Pareciera que la mera existencia de oportunidades de trabajo para generar ingresos no es suficiente para mejorar la posición de las mujeres respecto al empleo remunerado. Aunque se perciba que dichas oportunidades existen, las actividades reproductivas de las mujeres parecen presentar un obstáculo estructural para aprovechar estas oportunidades. Este fenómeno surge y es reproducido por el hecho que las mujeres se conciben a sí mismas y son concebidas como 'no trabajadoras', a pesar de las actividades tanto productivas como reproductivas que realizan. Estas concepciones se originan en arraigadas normas de género que se reproducen en el hogar pero se socializan tanto dentro como fuera de éste.

Sistemas e instituciones sociales

Aunque las normas sociales y de género se aprenden en diferentes sitios y espacios, en la socialización de los y las niñas existe una serie de sitios que son particularmente importantes en los primeros años de vida: la casa y la escuela. Se considera que la educación tiene importancia fundamental para el desarrollo tanto de las personas como de las sociedades. Aun dentro de los estrechos modelos de desarrollo basados en el crecimiento económico, la inversión en 'capital humano', es decir, en salud y educación, se considera importante para mejorar la capacidad y eficiencia de la fuerza de trabajo. La ERCERP gubernamental enfatiza la necesidad de invertir en educación para este fin productivo. Un enfoque de este tipo podría ser acertado, dado que en las comunidades estudiadas es más probable que las mujeres analfabetas perciban que existen pocas oportunidades de trabajo y es menos probable que se involucren en actividades generadoras de ingresos.¹⁴ Sin embargo, la educación y las escuelas, más que inculcar solamente habilidades laborales prácticas, realizan un proceso de socialización de niñas y niños sobre lo que es 'ser hombre' y 'ser mujer'. Por tanto, vale la pena analizarlos.



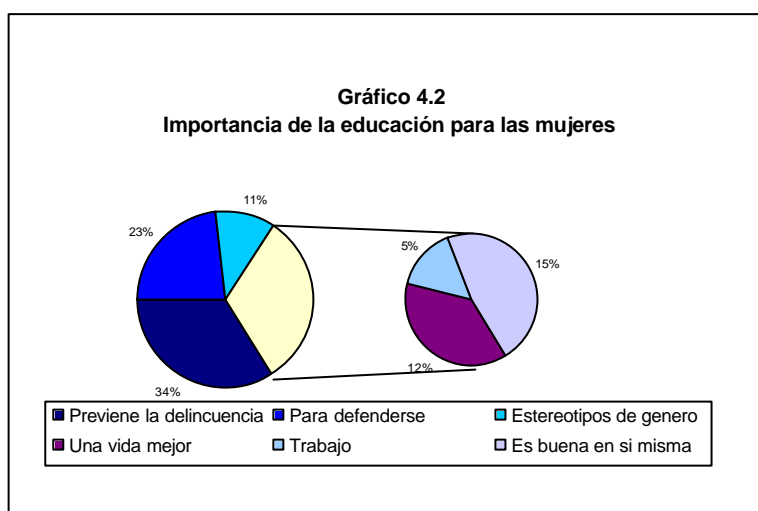
La gran mayoría de las mujeres entrevistadas están de acuerdo con la percepción del Gobierno con respecto a la importancia de la educación para la niñez. Sin embargo, las razones que dan sobre por qué la educación es importante, son interesantes y muy pocas mujeres mencionaron explícitamente que era importante para las y

los hijos tener una buena educación por razones relacionadas con el trabajo; solamente 6% mencionaron esta razón explicando por qué la educación es importante para los niños, y únicamente 5% lo hicieron hablando sobre la importancia de la educación para las niñas. Aun agrupando las tres categorías que comparten la idea común de que la educación trae beneficios, no explica ni siquiera la mitad de las respuestas. De hecho la única y más amplia categoría de respuestas no refleja el hecho de que la educación 'trae' algo a la vida sino más bien que 'previene' que algo pase (véase Gráficos 4.1 y 4.2). Al preguntarles por qué la educación es importante para los niños, 52% de las mujeres respondió que es importante para asegurar que no crezcan como delincuentes. Esta categoría sigue siendo la más grande (34%) cuando se refiere a las niñas, aunque también considera como importantes otros elementos, según las mujeres entrevistadas en este caso. Respecto a las niñas, 34% de las mujeres entrevistadas mencionaron factores relacionados con los roles y relaciones de género: 11% mencionaron ideales estereotipados de feminidad como aprender a ser mejores madres y amas de casa, mientras que 23% sugirieron que la educación es importante para las niñas para que puedan 'defenderse'.

¹⁴ Mientras que el 42% de las mujeres alfabetas están trabajando, solamente 22% de las mujeres analfabetas trabajan.

La idea de defenderse a sí misma abarca los aspectos anteriormente mencionados, tanto de prevención como de beneficio que la educación tiene, más que contrastándolos. Por ejemplo, una mujer en Dipilto explicó que la educación es importante para los niños porque “existe mucho la violencia, se hacen desobligados, se meten en drogas”; en cuanto a las niñas, consideran que la educación es importante para que “no piensen en cosas malas y no se dediquen a la prostitución.” En Estelí la idea de que la educación es importante para que las niñas puedan defenderse, fue clara cuando una de las entrevistadas respondió lo siguiente: las niñas “son más de cuidado para que un hombre no las engañe y las deje panzonas.”

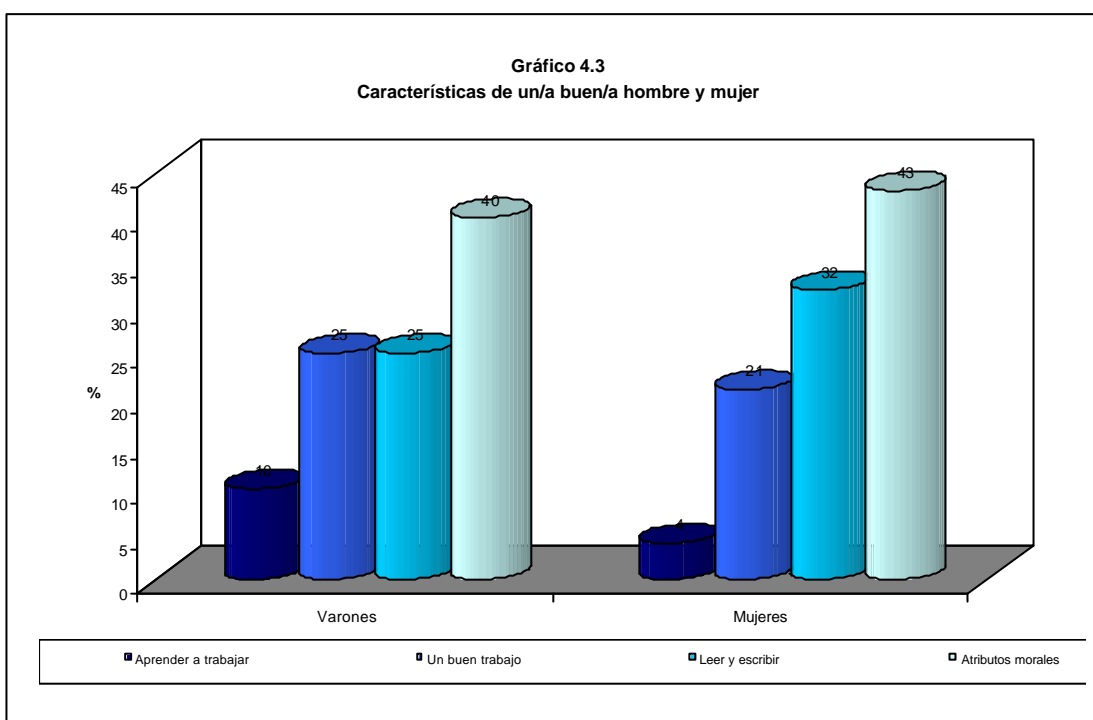
Para entender un poco mejor la situación de género, se preguntó a las mujeres qué características, a su juicio, eran importantes de aprender, para que las niñas y los niños pudieran convertirse en mujeres y hombres ‘buenos’(véase Gráfico 4.3). Tomando en cuenta solamente categorías de respuestas comunes, tanto para niños como niñas, una vez más las ideas alrededor del trabajo y de la idea de ‘aprender a trabajar’ resultaron ser de menor importancia, sin embargo, se mencionó con más frecuencia la posibilidad de obtener un ‘buen trabajo’. También es altamente valorado aprender a leer y escribir, sin embargo, existen diferencias de género, como sugieren los comentarios de las mujeres entrevistadas de que mientras los niños deben ‘estudiar’, es importante que las niñas aprendan por lo menos a escribir su nombre. Sin embargo, la mayor categoría de respuestas tanto para niñas y niños sigue siendo los factores ‘morales’: no tener ‘vicios’, ser personas respetuosas, etc. Al incluir las respuestas específicas de género, la situación se modifica y la importancia relativa de aprender a ser una buena ama de casa predomina sobre todas las demás categorías, excepto los atributos ‘morales’ de las niñas.



El valor de la educación y lo que conlleva para niños y niñas cobra de nuevo relevancia en la siguiente justificación. A los niños se les debe “dar una buena educación, enseñarles a trabajar para que cuando sean adultos no perezcan”, mientras a las mujeres se les debe “enseñar los oficios del hogar para que cuando sean grandes nadie les reproche nada”. Las diferencias se justifican y siguen una lógica, como demuestra la respuesta de una mujer en Dipilto: “Es diferente de la ciudad. Aquí tiene que aprender a lavar y a cocinar porque eso la saca adelante a una mujer”. También es valorada la importancia de aprender a leer y escribir: “Las mujeres deben aprender a lavar, a cocinar y leer para que no las engañen”. La interrelación entre educación y los beneficios que conlleva para ‘defenderse’ como mujer, es clara, según lo ilustra el siguiente razonamiento presentado en Estelí: “Porque cuando sepan leer y escribir y vayan a aprender a trabajar, no las engañen”.

En general, la educación no se concibe en relación con sus resultados ‘positivos’ sino respecto a la prevención de resultados ‘negativos’. Una lectura general muestra que el valor de la escuela está en el campo de lo ‘moral’ más que en el campo ‘productivo’, o sea, el

resultado esperado es que las niñas y los niños se conviertan en personas adultas respetuosas y responsables. Es más, la importancia de la educación como elemento que hace un 'buen' hombre o 'buena' mujer no es tan obvia como otros atributos de estereotipos de género. Respecto a las mujeres, se considera que la educación es importante para que no las 'engañen' los hombres, y para que se 'defiendan'. Esta percepción es interesante, ya que en parte incluye la habilidad para cuidar de sí misma financieramente, es decir, ser capaz de generar actividades de generación de ingresos. Sin embargo, por otro lado, los estereotipos de género arraigados siguen presentando a las 'mujeres buenas' como buenas amas de casa.



Los hogares

Como indicamos anteriormente, el hogar es un sitio importante de la pobreza de las mujeres en tanto que la jefatura del hogar y la estructura de éste pueden influir no solamente en la existencia de la pobreza relativa sino también en cómo se vive la pobreza. La mayoría de las mujeres en las comunidades viven con un compañero –la 'jefatura' de hogar socialmente construida– y dentro de este grupo, predominan los hogares nucleares. Dentro de las unidades de jefatura masculina la probabilidad de que la 'mujer del hogar' (la cónyuge mujer) realice trabajo productivo es menor que para las mujeres que son jefas de su propio hogar. Por consiguiente, es más probable que las mujeres que viven con un compañero sean dependientes en términos económicos y entonces, el ingreso del varón adquiere gran significado para entender la pobreza y el bienestar.

De las mujeres con compañero que fueron entrevistadas, 57% afirmaron que su compañero aporta todo el dinero que gana a la 'olla común' y 29% más dijeron que el hombre contribuye con casi todo su ingreso quedándose solamente con una pequeña suma para sus gastos personales. Sin embargo, el 14% restante de las mujeres dijeron que su compañero contribuye la mitad o menos de la mitad de su paga al hogar. Es decir, en 1 de cada 10 hogares, las mujeres y su prole pueden estar viviendo en 'pobreza secundaria'. Y, si bien entre los compañeros entrevistados 2 de cada 10 hombres afirmaron que contribuyen

más de lo que supone su compañera, en 1 de cada 10 casos la contribución declarada del hombre fue menor que lo que su compañera supone.

Puede darse el caso que el ingreso retenido sea compensado por los ingresos de otros miembros. La actividad de la compañera del hombre es significativa. Pocas mujeres (10%) que no se identifican a sí mismas como personas que están 'trabajando' afirmaron que su compañero retiene la mitad o más de la mitad de sus ingresos, en comparación con las mujeres que trabajan (22%). También existen diferencias significativas en cuanto a la estructura del hogar: una proporción menor de mujeres (9%) en los hogares nucleares reportó que su cónyuge retenía dinero, mientras en los hogares extendidos es un fenómeno más frecuente (32%) y no está influenciado por el trabajo de las mujeres.

Puede ocurrir entonces que en los hogares nucleares los ingresos de las mujeres con mayor frecuencia sean considerados por los hombres como un complemento a sus ingresos o una sustitución de éstos, mientras que en los hogares extendidos, los hombres consideran los ingresos de otras personas dentro de la unidad como sustitutos de sus ingresos.

Cuadro 1 El gasto en alimentación

	Gasto promedio	Número de personas promedio	Gastos per capita	% equivalente de hogares nucleares por gastos per capita
Hogares nucleares jefeados por un hombre	258.58	5.1	50.70	100%
Hogares no extendidos jefeados por una mujer	198.41	4.11	48.27	95%
Hogares extendidos jefeados por un hombre	312.57	6.83	45.76	90%
Hogares extendidos jefeados por una mujer	275.59	7.04	39.15	77%

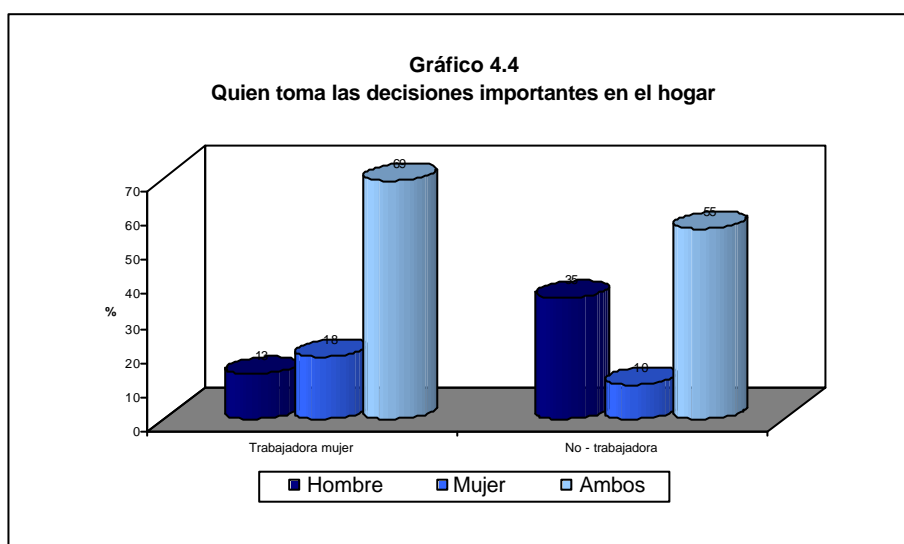
Lo que sugieren estos dos resultados es que cuando otras personas trabajan dentro del hogar, no significa automáticamente que el hogar mejora económicamente sino que puede, de hecho, quedarse en la misma posición financiera, ya que los hombres retienen los ingresos equivalentes de su propia paga. Esto refuta los supuestos beneficios que se obtienen al vivir con familiares y amistades, al poner en común los ingresos y compartir los gastos comunes (véase arriba). Esto también sugiere que poco puede ganarse en términos de bienestar económico dentro del hogar con el ingreso de las mujeres a la fuerza de trabajo.

Este efecto 'compensatorio' se pone aún más de relieve al considerar los gastos. El monto promedio que los hogares del estudio invierten en alimentación fue de C\$256.53 a la semana pero esta cifra varía entre hogares; el gasto más alto en alimentación *per cápita* se da en los hogares nucleares (véase Cuadro 1). Los hogares de jefatura femenina equivalentes (hogares no extendidos) gastan en alimentación el equivalente de 95% de los gastos *per cápita* en el mismo rubro en los hogares nucleares, o sea, no existen diferencias significativas según la jefatura.

Sin embargo, la estructura del hogar es significativa y entre los hogares extendidos de jefatura masculina los gastos de alimentación *per cápita* descienden hasta 90% del gasto en el mismo rubro en los hogares nucleares, mientras en los hogares extendidos de jefatura femenina alcanzan solamente 77%. Sin embargo, respecto a la manera en que los gastos en

alimentación se traducen en suficiencia alimentaria, los resultados sugieren que no es posible asumir que mayor gasto en alimentación *per cápita*, conduce a una mayor suficiencia alimentaria, o al menos, eso indican las percepciones de las mujeres que tienen la responsabilidad de alimentar a los miembros del hogar. A pesar de que el gasto en alimentación *per cápita* en los hogares extendidos de jefatura femenina fue significativamente menor que en los hogares nucleares, de hecho, más personas perciben que no hay alimentos suficientes en el hogar (77% comparado con 52%).

Por consiguiente, la composición del hogar, jefatura del hogar y los roles y responsabilidades de género interactúan para determinar en que medida se satisfacen las necesidades básicas como alimentación en el hogar. Es problemático entonces asumir que teniendo suficientes ingresos para comprar la canasta básica de productos adecuada para el hogar, podrán satisfacer las necesidades básicas del hogar, ya que el hogar puede ser un sitio de relaciones desiguales de poder e inequidad que, en vez de reducir la pobreza, la profundiza.



Un factor que la literatura considera importante para determinar el poder relativo de mujeres y hombres en la toma de decisiones, es la valoración de la contribución que cada uno hace al hogar (véase Bradshaw, 2001

para una mayor discusión). Un determinante importante es el ingreso y en qué medida una persona contribuye económicamente al hogar. Existe una relación significativa entre el trabajo de las mujeres y las percepciones de la contribución: más mujeres (69%) que dicen que 'no trabajan' sugieren que es el hombre el que hace la contribución más importante al hogar, mientras solamente 38% de las mujeres que trabajan perciben que éste es el caso. Es más, a pesar de que otros factores no económicos, como las normas sociales, pueden influir en las nociones de contribución, existe también una relación significativa entre trabajo y toma de decisiones. Más mujeres que se autoidentificaron como personas que están 'trabajando', se consideraron a sí mismas como las que toman las decisiones, o insinuaron que la toma de decisiones es conjunta (véase Gráfico 4.4). Esto sugiere que la contribución del ingreso al hogar tiene un rol importante en determinar el poder relativo de mujeres y hombres en la toma de decisiones y que es más probable que las mujeres que 'no trabajan' perciban al hombre como el contribuyente más importante del hogar y el principal tomador de decisiones y tengan una autonomía limitada dentro del hogar.

Sin embargo, mejorar la posición dentro del proceso de toma de decisiones puede darse a expensas de mayor conflicto dentro del hogar entre hombres y mujeres. De hecho, al considerar las opiniones de las mujeres, en comparación con la de sus compañeros, hubo desacuerdos en al menos la mitad de los casos; por ejemplo, de las mujeres que sugirieron

que la toma de decisiones era conjunta, la mitad de sus compañeros se autoidentificaron como los únicos que toman las decisiones. De las mujeres que viven con un compañero, 69% sugirieron que las decisiones alrededor de cómo utilizar el dinero deberían tomarse en conjunto. Sin embargo, como dijimos arriba, uno de los factores que las mujeres más mencionaron como algo que conduce a discusiones y conflictos dentro del hogar son los 'problemas económicos'. Un mayor número de mujeres que piensan que las decisiones sobre el dinero y el trabajo deben de ser conjuntas también perciben que surgen conflictos por problemas económicos. Así, el bienestar económico (mayor poder de decisión) se mejora solamente a expensas del bienestar social (mayores niveles de conflicto), lo que refuerza la idea de que para las mujeres jefas, la carencia de bienestar económico es compensada en términos no económicos por la ausencia de conflictos y violencia y una vida 'tranquila' como mujer jefa.

A pesar de que se considera que la vida de mujer jefa es dura, al menos la mitad del total de mujeres entrevistadas sí perciben beneficios de vivir sin compañero. En general, se ven los beneficios concentrados en factores no económicos de bienestar: la vida es más tranquila (49%); las mujeres tienen mayor control sobre su vida / nadie la manda (25%); también señalan que aunque es difícil vivir sola, es mejor vivir sola que con un 'mal' hombre (26%). Sin embargo, los problemas son fáciles de identificar y las principales categorías son: que se presentan problemas respecto al resto de la comunidad o el estigma social que es asignado a la jefatura femenina (9%); o es más difícil para los hijos (28%); o los problemas económicos que trae la jefatura femenina (48% que corresponde al resto de mujeres que mencionaron las tres categorías). Estos aspectos negativos percibidos de la jefatura femenina pueden ayudar a explicar por qué solamente 35% de las mujeres entrevistadas sintieron que una mujer puede sobrevivir con la misma facilidad viviendo sin hombre que viviendo con un compañero.¹⁵ No es de sorprenderse que mayor número de mujeres (22%) que nunca han vivido solas como mujeres jefas sientan que esto no es posible, en comparación con las que ya han vivido solas (12%) o las que actualmente viven en esa situación (2%). A su vez, esto puede ayudar a explicar por qué proporciones más altas de mujeres jóvenes respondieron que las mujeres no pueden sobrevivir solas (30% comparadas con solamente 9% de mujeres entre 34-60 años de edad).

Resumen

Lo que sugieren los resultados es que los tres 'sitios' o espacios interactúan entre sí para producir y reproducir los roles y relaciones de género que influyen en el bienestar relativo de las mujeres. El mercado laboral es un espacio teñido por el género, no solamente respecto a cuáles actividades realizan las mujeres sino respecto a cómo se concibe su trabajo y cómo se percibe su empleo. Los obstáculos estructurales que enfrentan grupos particulares de mujeres (especialmente las mujeres jóvenes) parecen mantenerlas en actividades de baja productividad. Eso puede significar que la mera apertura de oportunidades de trabajo no es suficiente para garantizar su ingreso en la fuerza laboral. Los planes para aumentar la productividad de la fuerza de trabajo vía educación, tampoco están desacertados pero pueden estar mal dirigidos, en el sentido de que no toman en cuenta las contradicciones inherentes al proceso de socialización de niñas y niños. Las contradicciones en los planes para 'educar' a las niñas también deben de ser tomadas en

¹⁵ Es interesante notar que mientras se percibe que las mujeres pueden sobrevivir, aunque con dificultades, la mayoría de las mujeres no piensan que ese sea el caso de los hombres y (74%) creen que los hombres no pueden sobrevivir sin una mujer.

cuenta en tanto que las instituciones sociales –por ejemplo, las escuelas– pueden reforzar concepciones de las mujeres como cuidadoras y esposas más que trabajadoras.

Los mensajes alrededor de los roles y responsabilidades de género se reproducen y perpetúan dentro de los hogares como sitios de socialización, producción, reproducción y consumo. Aunque los hogares, por lo general, quedan fuera de la mira del Gobierno y de los planificadores, lo que sucede al interior del hogar puede tener efecto sobre acciones gubernamentales o verse afectado por ellas. Inclusive, las relaciones de poder conducentes al bienestar relativo dentro de los hogares pueden de hecho negar los ‘beneficios’ obtenidos por la educación o empleo de las mujeres. Mientras que la generación de ingresos de las mujeres puede darles mayor voz en los procesos de toma de decisiones, al mismo tiempo puede resultar en mayores conflictos dentro del hogar y, de hecho, generar escasos beneficios materiales, ya que este ingreso substituye, más que complementa, el principal ingreso. La pobreza secundaria dentro de los hogares de jefatura masculina tiene que convertirse en una preocupación real para los tomadores de decisiones, ya que sugiere que la creación de empleos y la participación creciente de mujeres y jóvenes en la fuerza de trabajo, no reducen necesariamente la pobreza o incrementa el bienestar general.

Quinta sección: Conclusiones y recomendaciones

En general, los resultados de esta investigación resaltan las diferentes formas en que las mujeres, hogares y desde luego, las comunidades viven la pobreza, en dependencia de las características de cada uno. Esto sugiere que existe la necesidad de abandonar la idea de que es posible cuantificar o sumar las privaciones relativas para determinar el rango de los más 'necesitados', en lugar de analizar las diferentes maneras en que las personas y los grupos de personas viven la pobreza. Es posible identificar las diferencias entre las personas y los grupos de personas por niveles según su localización, composición del hogar y características individuales.

Diferentes maneras de vivir la pobreza según el espacio

La investigación demuestra que existen diferencias entre el área rural y el área urbana. Sin embargo, también demuestra que no existen algunas de las diferencias cuya existencia se pudiera suponer:

Composición del hogar

Si bien, por lo general, se supone, que la jefatura femenina es un fenómeno urbano, no existen diferencias significativas entre las comunidades rurales y urbanas del estudio respecto a la jefatura del hogar. En cada comunidad encontramos, *grosso modo*, proporciones similares de hogares extendidos y no extendidos.

Inseguridad y violencia

Todas las comunidades mostraron niveles altos de inseguridad, sin embargo, las causas de dicha inseguridad varían según su localización. La inseguridad frente a desastres 'naturales' se intensifica en las áreas rurales, mientras que en las áreas urbanas la inseguridad se basa en el temor a la delincuencia y a las pandillas. Además, la comunidad de León demuestra que las pandillas no son solamente un fenómeno urbano.

Vulnerabilidad económica

La falta de una fuente de ingreso fijo es más notoria en las áreas rurales que en las urbanas, dada la naturaleza cíclica del empleo agrícola y la dependencia de éste que tiene lugar en la mayor parte de la población rural. Sin embargo, la concentración ocupacional no es solamente un fenómeno rural y en la comunidad estudiada en Managua existe cierto grado de concentración ocupacional en el trabajo doméstico.

Satisfacción de necesidades básicas

La medida en que los hogares reportaron que tenían alimentos suficientes durante la semana inmediata anterior varió significativamente por comunidad. El hecho de que en Estelí se registraron las proporciones más altas de mujeres que reportaron alimentos insuficientes y en Managua, las proporciones más bajas, resalta los riesgos de generalizar el fenómeno como un asunto rural o urbano.

Capital social

La comunidad en Managua demuestra niveles sorprendentemente bajos de capital social organizacional en comparación con otras comunidades estudiadas.

Bienestar social

Aunque todas las comunidades reportaron altos niveles de violencia dentro de los hogares, dichos niveles fueron más altos en las áreas rurales comparadas con las urbanas. No es posible generalizar a todas las comunidades las causas percibidas de la violencia y mucho menos, las causas de las discusiones y conflictos.

Lo que sugieren los resultados es que aunque pueden haber temas y preocupaciones compartidas entre las áreas rurales y urbanas que deben tomarse en cuenta, al considerar las causas más que los síntomas, una vez más salta a la vista la diversidad. En consecuencia, existe la necesidad de tomar en cuenta las diferencias tanto entre como dentro de las diferentes áreas.

Diferentes maneras de vivir la pobreza entre y dentro de los hogares

La investigación buscó como tomar en cuenta las diferencias entre los hogares analizando en particular las diferencias entre los hogares con jefatura masculina y aquellos donde la mujer vive sola sin compañero. Los resultados de la investigación desafían en cierta medida la idea de que los hogares de jefatura femenina son *'los más pobres entre los pobres'*.

Vulnerabilidad económica

En comparación con los hogares de jefatura masculina, los hogares con mujer jefa reportaron que no había nadie en el hogar que tuviera trabajo en el momento de la investigación y una proporción alta de este último tipo de hogares también carecían de una fuente fija de ingresos. Sin embargo, una proporción alta de mujeres jefas trabajan en comparación con mujeres que viven con un compañero. Así, las mujeres jefas pueden ser económicamente vulnerables al no contar con una fuente regular de ingresos, mientras las mujeres que viven con compañero los son, dada su dependencia en el ingreso masculino.

Satisfacción de necesidades básicas

Aunque los hogares de jefatura femenina pueden carecer de ingresos fijos, esto no se traduce en insuficiencia alimentaria y los gastos en alimentación *per cápita* no varían significativamente según la jefatura de hogar. Esto puede deberse, en parte, a la pobreza secundaria que viven las mujeres dentro de las unidades de jefatura masculina, ya que 1 de cada 10 hombres retienen más de la mitad de sus ingresos para consumo personal.

Capital social

No existen diferencias significativas en las reservas de capital social, ni vía las redes de reciprocidad e intercambio ni respecto a la participación/organización, según la jefatura. Sin embargo, al analizar los beneficios, según como los perciben las mujeres mismas, se pueden percibir las diferencias en la participación y menos mujeres jefas perciben beneficios personales (contrario a los beneficios familiares) por su participación en proyectos.

Bienestar social

Aunque los resultados, de alguna manera, cuestionan la noción popular de que vivir como mujer jefa implica un descenso en su bienestar económico, las entrevistadas reconocieron que la jefatura femenina trae beneficios para su bienestar, entre los cuales los más importantes son poder vivir sin violencia y la capacidad de asumir el control dentro del hogar. En contraste, los resultados sugieren que, en los hogares de jefatura masculina, existe un trueque entre los beneficios en el campo del bienestar económico y las pérdidas en el bienestar social, ya que aunque realizar actividades generadoras de

ingreso les permite a las mujeres tener voz en los procesos de toma de decisiones, también conduce a mayores conflictos en el hogar.

Esta investigación sugiere la necesidad de enfocar la atención en las distintas maneras en que las mujeres jefas viven la privación y el bienestar en comparación con mujeres con compañero, en lugar de partir de supuestos sobre su pobreza económica relativa.

Diferentes maneras de vivir la pobreza en el transcurso del tiempo

A pesar de que las características de la comunidad y del hogar son importantes, las características personales de las mujeres también influyen en la manera en que viven la privación y el bienestar; las de mayor importancia son los factores del curso de vida. La investigación resalta, en particular, las diferencias entre las mujeres según la edad, dada su interacción con otros factores, como las responsabilidades familiares. En particular las mujeres jóvenes (menores de 25 años) se perfilan claramente, distinguiéndose de otras mujeres:

Vulnerabilidad económica

Es menos probable que las mujeres jóvenes estén realizando actividades de generación de ingresos y por tanto son económicamente vulnerables a causa de su dependencia económica. Al mismo tiempo, su voz dentro de los procesos de toma de decisiones es débil. Esta dependencia económica puede ayudar a explicar por qué pocas mujeres jóvenes perciben que es posible sobrevivir solas sin un compañero.

Capital social

Es más probable que las mujeres jóvenes reciban ayuda, sea en especie o en dinero, de fuera del hogar. Sin embargo, más que reducir su dependencia económica, dicha ayuda la refuerza, debido a que por lo general los recursos provienen de sus padres. Son bajas las proporciones de mujeres jóvenes que están invirtiendo en construir reservas de capital social en otras formas, y pocas participan en proyectos en la comunidad. De las que sí participan, conciben su participación únicamente desde la óptica de las ganancias materiales que ésta puede traer.

Bienestar social

Mientras las mujeres mayores resaltan que los problemas económicos y la pobreza tienen implicaciones importantes para su bienestar social, dado el incremento de conflictos y discusiones en el hogar, éste no parece ser el caso para las mujeres jóvenes. En cambio, conciben que las causas del conflicto tienden a radicar en el comportamiento de sus compañeros y en el suyo propio o en chismes y celos; es decir, en factores sociales más que económicos.

Los resultados sugieren la necesidad de tomar en cuenta las diferencias generacionales junto con las diferencias de género, dada la manera en que el bienestar y la privación pueden estar determinadas, al menos en parte, por factores del curso de vida y la edad.

Resumen de resultados fundamentales y recomendaciones

Partiendo de que existen diferencias entre las comunidades, los hogares y las mujeres, la investigación destaca la existencia de diferentes campos de importancia a tomar en cuenta dentro de los debates actuales sobre la pobreza.

Composición del hogar

Una estrategia que ha sido señalada en la literatura como relevante en situaciones de vulnerabilidad económica, es la extensión de los hogares vía incorporación de parientes o amistades, que permite la puesta en común de ingresos y reducir los 'gastos fijos cotidianos'. Sin embargo, la investigación sugiere que, más que mejorar la habilidad de los hogares para satisfacer las necesidades básicas, la extensión de los hogares puede de hecho diluir los recursos disponibles, ya que la extensión puede ser 'no productiva' más que potencialmente productiva. Sin embargo, el funcionamiento mismo de los hogares extendidos sugiere la necesidad de investigar más a fondo, ya que no son tan claros los resultados sobre cómo dicho funcionamiento afecta el bienestar en términos económicos y sociales más amplios. La investigación sí da pistas sobre la jefatura femenina y señala la necesidad de reexaminar qué significa ésta en relación con el bienestar relativo, dado que el creciente control de las mujeres sobre los recursos puede traer beneficios para el bienestar más amplio del hogar.

Los formuladores de políticas deben tomar en cuenta la existencia de hogares 'no tradicionales' y aceptar que son diferentes de los hogares nucleares en cuanto a su funcionamiento y a los factores de bienestar que más les afectan.

Inseguridad y violencia

A pesar de que algunos académicos y profesionales no académicos conciben la inseguridad como un fenómeno cada vez más relacionado con la amenaza de violencia física de parte de otras personas dentro del contexto de la 'cultura de pandillas' importada de EE.UU., la 'amenaza' ambiental en la forma de 'desastres' de 'gestación lenta y larga duración' a nivel local y de 'desastres repentinos' a nivel nacional, influye en el bienestar de las comunidades. La inseguridad no es solamente multidimensional sino multisectorial. Por tanto, no descansa solamente en factores externos sino también internos, sobre todo los que tienen su caldo de cultivo en relaciones de poder dentro de los hogares, como conflictos y violencia intrafamiliar. Dado que los resultados de la investigación sugieren que la violencia dentro del hogar está vinculada a procesos socioeconómicos más amplios, éstos deben de ser considerados como tales dentro de la agenda de desarrollo.

La inseguridad y la violencia en todas sus manifestaciones tienen que ser centrales y transversales dentro de los planes y políticas que apuntan a mejorar el bienestar de las personas.

Vulnerabilidad económica

La vulnerabilidad económica puede reducirse cuando existe una base diversificada de ingresos, tanto en cantidad como en la naturaleza de las actividades generadoras de ingreso. De esta manera se puede considerar como factor positivo en este contexto que las mujeres realicen actividades generadoras de ingresos. Sin embargo, la investigación sugiere que crear oportunidades de empleo para las mujeres no es suficiente en un contexto donde las normas sociales determinan, al menos en parte, los roles de género y asignan a las mujeres como responsables exclusivas de la casa y de las y los hijos, limitando así sus capacidades para tener empleo remunerado. Inclusive, los intentos para aumentar la productividad de la fuerza laboral necesitan tomar en cuenta que la escuela no solamente inculca habilidades laborales prácticas sino que constituye un sitio importante para socializar comportamientos masculinos/femeninos 'aceptables', por lo cual los mensajes pueden entrar en contradicción y conflicto. Por último, si bien usualmente se asume que la inserción de las mujeres en la fuerza de trabajo mejorará, de manera general, el bienestar económico del hogar, la investigación sugiere que esto

está lejos de estar garantizado y por tanto, se puede cuestionar el supuesto de que existe un vínculo directo entre empleo y reducción de la pobreza. De hecho, el empleo de las mujeres substituye, más que complementa, las ganancias masculinas; dado que en los hogares donde las mujeres están trabajando, es más frecuente que los hombres retengan parte de sus ingresos. El hecho de que precisamente en estos hogares también se reportaron las proporciones más altas de insuficiencia alimentaria, sugiere que aunque el trabajo femenino puede responder a necesidades económicas, no mejora necesariamente la situación económica general de la familia.

Es necesario que los formuladores de políticas garanticen que los obstáculos estructurales del empleo femenino sean abordados para asegurar su acceso a las oportunidades de empleo actuales y futuras y para cubrir la demanda de empleadores potenciales (por ejemplo, de mano de obra femenina).

Es necesario que las políticas tomen en consideración las contradicciones que surgen dentro del empleo femenino y dentro del hogar. Hasta que no se tome seriamente en cuenta la pobreza secundaria, se deberá reconocer que el empleo femenino traerá escasos beneficios económicos y un impacto reducido en el bienestar general del hogar.

La satisfacción de las necesidades básicas

La investigación resalta que la vulnerabilidad económica relativa de un hogar, es decir, su capacidad para cubrir sus necesidades básicas, no es un parámetro adecuado para medir cuáles de estas necesidades son, de hecho, cubiertas. Por ejemplo, la disponibilidad de ingreso no es directamente un factor determinante de la suficiencia alimentaria. Tampoco un gasto reducido en alimentación *per cápita* significa necesariamente que los miembros del hogar sufran de insuficiencia alimentaria, dado que también intervienen otros factores, como la distribución.

Los discursos oficiales sobre la pobreza deberían tomar en cuenta la utilización y distribución de los recursos al interior del hogar, más que partir del supuesto de que la existencia de una cantidad adecuada de recursos se traduce en satisfacción de las necesidades básicas.

Capital social

Si bien es cada vez más patente la relevancia del capital social dentro de un contexto de pobreza, la investigación sugiere que, a nivel práctico, las redes y estructuras que producen y reproducen el capital social pueden estar agotadas. La acumulación de situaciones de crisis, es decir, presencia de una crisis permanente, puede ayudar a explicar el uso reducido de redes amplias y la percepción de ausencia de 'espíritu comunitario'. No obstante, al mismo tiempo, la mera existencia de organización comunitaria parece tener un impacto positivo sobre la percepción de autoayuda de la comunidad. Habiendo dicho esto, las intervenciones de desarrollo no parecen tener el mismo resultado positivo en términos prácticos o estratégicos, al menos cuando se consideran las percepciones de las mujeres sobre los beneficios personales que obtienen con su participación.

El desafío para los formuladores de políticas es encontrar un medio de promover el capital social organizacional existente.

Al mismo tiempo, los proyectos tienen que considerar cuidadosamente el papel de las mujeres para garantizar que no estén incluidas meramente como proveedoras de servicios recrudesciendo con ello el poco beneficio personal real que obtienen por su participación.

Bienestar social

La investigación sugiere, por un lado, que el bienestar económico entra en interacción e influye sobre el bienestar social. Por ejemplo, la vulnerabilidad económica actual está significativamente relacionada con las aspiraciones para el futuro. Por otro lado, puede también haber un trueque entre el bienestar económico y el social, en el sentido de que la mejoría en uno puede darse a expensas del otro. Por ejemplo, el mayor involucramiento de las mujeres en los procesos de toma de decisiones al interior del hogar, vía generación de ingresos propios, es posible pero también es probable que esa mejor posición se alcanza a costa del incremento de los conflictos. Igualmente, aunque ser mujer jefa puede traer beneficios en términos de bienestar social, puede significar costos en términos de vulnerabilidad económica. Sin embargo, no solamente hay interacción entre el bienestar económico y el bienestar social, sino que también éstos se pueden vivir de distintas maneras. Es decir, para las mujeres jefas la privación económica se origina en la falta de recursos disponibles en el hogar, mientras que para las mujeres que viven con un compañero, aunque tienen una base más amplia de recursos, su control sobre éstos es limitado. Finalmente, las mujeres jefas no se encuentran en una situación significativamente peor que las mujeres que viven con compañero, sino que la manera en que viven el bienestar y la privación es distinta. Igualmente, aunque algunas mujeres viven la vulnerabilidad económica a través de su integración a la fuerza de trabajo, para las mujeres jóvenes, su vulnerabilidad económica puede provenir de su exclusión de la fuerza laboral y su dependencia económica en otras personas.

Los formuladores de políticas deben aceptar que la jefatura femenina del hogar sí trae consigo algunas ventajas en términos de bienestar social, sin dejar de mencionar el mayor control de las mujeres sobre los recursos disponibles. Mejorar el acceso a recursos debería ser entonces un elemento clave para la elaboración de políticas dirigidas a las mujeres jefas.

Respecto a las mujeres dentro de hogares de jefatura masculina, podemos decir que si bien el acceso a los recursos sigue siendo un asunto importante, el control sobre los activos del hogar es quizás el elemento clave a abordar en las políticas dirigidas hacia este grupo particular de mujeres.

Es necesario abordar también los factores del curso de vida en cualquier discusión sobre la pobreza y las mujeres jóvenes parecen ser un grupo que demanda políticas particulares y específicas.

Finalmente, la investigación resalta el hecho que no todas las mujeres viven la pobreza de la misma manera y cualquier análisis de género debe tomar en cuenta no solamente las diferencias entre hombres y mujeres sino también las diferencias entre mujeres. Es más, una concepción estrecha sobre la pobreza no podrá explicar ni entender adecuadamente estas diferencias. Si verdaderamente se quieren enfrentar las causas reales de la pobreza, es necesario adoptar ideas más amplias de privación y bienestar, tanto económico como social. Esto también demanda un giro de una planificación a nivel macro hacia iniciativas en el ámbito local, capaces de responder de mejor manera a las distintas maneras en que las comunidades, hogares, mujeres y hombres viven la pobreza.

Bibliografía

- Agarwal, B. (1997) 'Bargaining' and Gender Relations: Within and Beyond the Household, *Feminist Economics*, 3:1, 1-51.
- Almond G. A. and Verba S. (1963) *The Civic Culture: Political Attitudes and Democracy in Five Nations*, Newbury Park: Sage.
- Anderson, M. and Woodrow, P. (1998) *Rising from the Ashes: Development Strategies in Times of Disaster*. 2nd ed. London: IT Press.
- Beall J. (1997) Social Capital in Waste – A solid Investment? *Journal of International Development*, 9:7, 951-961.
- Blaikie, Piers et al (1994) *At Risk: Natural Hazards, People's vulnerability and Disasters*, Routledge, London and New York.
- Bradshaw S. (2002) Exploring the gender dimensions of reconstruction processes post-hurricane Mitch, *Journal of International Development*, forthcoming.
- Bradshaw S. (2001) *Relaciones peligrosas: Mujeres, hombres y el Mitch*, Puntos de Encuentro, Managua, Nicaragua.
- Bradshaw, Sarah (1996) 'Inequalities within households: A case study of Honduras' paper presented at SLAS, Leeds, UK April 1996.
- Bradshaw S. and Linneker B.J. (2002) Civil Society Responses to Poverty Reduction Strategies in Nicaragua, *Progress in Development*, Forthcoming.
- Bradshaw S. and Linneker B.J. (2001) Challenging Poverty, Vulnerability and Social Exclusion in Nicaragua: Some Considerations for Poverty Reduction Strategies, *The Nicaraguan Academic Journal - NAJ*, Vol. 2, No. 2, December 2001, pp 186-224, Managua, Nicaragua, Ave Maria College of the Americas, San Marcos, Carazo, Nicaragua-www.ccer-nic.org.
- CAFOD (2000) 'PRS – Poverty Reduction or Public Relations Strategies?' <http://www.cafod.org.uk/>
- CCER (1999) *Resumen ejecutivo: Propuesta de reconstrucción y transformación de Nicaragua: Convirtiendo la tragedia del Mitch en una oportunidad para el desarrollo humano sostenible de Nicaragua*, Coordinadora Civil para la Emergencia y la Reconstrucción, Carqui Press, Managua, Nicaragua, pp.20.
- CCER (2001) *La Nicaragua que queremos: enfoque y prioridades para una estrategia. Resultados del proceso de consulta, debate y análisis*, Coordinadora Civil para la Emergencia y la Reconstrucción-CCER, Managua, Nicaragua, Junio 2001. www.ccer-nic.org
- CIET-CCER (2001) *Auditoría Social III: la voz de los hogares pobres en la estrategia de reducción de la pobreza*, CIETinternational y Coordinadora Civil, Managua, Nicaragua. www.ccer-nic.org
- CIET-CCER (1999) *Auditoría social para la emergencia y la reconstrucción: primera fase, abril 1999*, Coordinadora Civil para la Emergencia y la Reconstrucción-CCER y CIETinternational, Carqui Press, Managua, Nicaragua, pp.83. www.ccer-nic.org
- CINDI (1999) Centre for the Integration of Natural Disaster Information (CINDI) <http://www.cindi.usgs.gov/>
- Chambers R. (1995) Poverty and livelihoods: whose reality counts? *Environment and Urbanization*, 7:1, 173-204.
- Chant, S. (1985) Single Parent Families: Choice or Constraint? The formation of Female-Headed Households in Mexican Shanty Towns, *Development and Change*, 16, 635-56.
- Chant, S. (1999) *Women-headed Households: Diversity and Dynamics in the Developing World* Macmillan: Basingstoke.
- Chinkin Christine (1995) Violence against women: The international legal response in *Women and Rights*, Oxfam focus on Gender series. 23-28.

- Collier P. (1998) Social Capital and Poverty, Unpublished Manuscript.
- Dijkstra G. A. (1996) The Impact of Structural Adjustment Programs on Manufacturing: Lessons from Nicaragua, *World Development*, Vol. 24, No. 3, pp 535-547.
- Dwyer D. and Bruce J. (eds.) (1988) *A Home Divided: Women and Income in the Third World*, Stanford University Press, Stanford, California.
- Easterly W. and Levine R. (1997) Africa's Growth Tragedy: Policies and Ethnic Divisions, *Quarterly Journal of Economics*, 112:4, 1203-1250.
- Enarson, Elaine and Morrow, Betty (1998) 'Why gender, why women?' in Elaine Enarson and Betty Morrow (eds.) *The Gendered Terrain of Disasters*, Praeger, Westport, Connecticut and London.
- Folbre N. (1994) *Who pays for the kids? Gender and the structures of constraint*. Routledge, London and New York.
- Fonnow, Mary and Cook, Judith (eds.) (1991) *Beyond methodology: Feminist scholarship as lived research* Indiana UP, Bloomington and Indianapolis.
- Gobierno de Nicaragua (2000) Estrategia Reforzada para la Reducción de la Pobreza, agosto, 2000.
- Harriss J. and Renzio P. (1997) 'Missing link' or analytically missing: The concept of social capital *Journal of International Development*, 9:7, 919-937.
- IDA-IMF (2000) *Nicaragua: Decision point document for the Enhanced Heavily Indebted Poor Countries (HIPC) Initiative*, International Development Association and International Monetary Fund, December 6, 2000.
- IILS (1996) *Social exclusion and anti-poverty strategies*, International Institute for Labour Studies, United Nations Development Programme, Geneva, Switzerland.
- Jackson, Cecile (1996) Rescuing Gender from the Poverty Trap in Jackson, Cecile and Pearson, Ruth (eds.) (1998) *Feminist Visions of Development: Gender Analysis and Policy*, Routledge: London.
- Killick, T (1999) Making Adjustment Work for the Poor. *ODI Poverty Briefing* 5, May 1999. <http://www.odi.org.uk/briefing/>
- Knack S. (1999) *Social Capital, Growth and Poverty: a survey of cross-country evidence*, Social Capital Initiative, Working Paper No. 7, World Bank, May 1999.
- Maynard, Mary and Purvis, Jane (eds.) (1995) *Researching Women's lives from a feminist perspective*, Taylor and Francis, London.
- McIlwaine, Cathy (1998) Civil Society and Development Geography. *Progress in Human Geography*, 22:3, 415-24.
- McIlwaine, C. (2002) Perspectives on poverty, vulnerability and exclusion, in McIlwaine C. and Willis K. (eds.) *Challenges and Change in Middle America: Perspectives on Development in Mexico, Central America and the Caribbean*, Addison Longman Wesley, Harlow.
- Moser C. and McIlwaine C. (2001) Gender and Social Capital in Contexts of Political Violence: Community perceptions from Colombia and Guatemala, In Moser C. and Clark F. (eds) *Victims, actors or perpetrators? Gender, armed conflict and political violence* (forthcoming) Zed, London.
- Moser C. and McIlwaine C. (2002) Poverty and the Capital Asset Framework, *Progress in Development*, forthcoming.
- Moser, Caroline (1996) 'Confronting Crisis: Household response to poverty and vulnerability' TWURD, World Bank, Washington DC, mimeo.
- Nussbaum M.C. (1995) Human Capabilities, Female Human Beings, in Nussbaum M. and Glover J. eds. (1995) *Women, Culture and Development: a study of human capabilities*, Clarendon Press, Oxford.

[Overseas Development Institute](http://www.odi.org.uk/publications/briefing/index.html) (1999) What Can We Do With A Rights-Based Approach To Development? Briefing Paper 3, September 1999. <http://www.odi.org.uk/publications/briefing/index.html>

Oxfam (1998), *Debt Relief for Nicaragua: Breaking Out of the Poverty Trap*, Policy Paper, Oxfam, Oxford (www.oxfam.org/advocacy/papers)

Pearson, Ruth and Sweetman, Caroline (1996) Abortion, reproductive rights and maternal mortality in *Population and reproductive rights*, Oxfam focus on Gender, 45-50.

Pickup, Francine (2001) *Ending Violence Against Women*, Oxfam: Oxford.

Putman R.D. (1993) *Making Democracy Work: Civic Traditions in Modern Italy*, Princeton, Princeton University Press.

Quiros Viquez, Ana (2002) The PRSP Process In Nicaragua Participation Of Civil Society: www.ciir.org

Renzi, M.R. and Agurto, S. (1996) ¿Qué hacen las mujeres nicaragüenses ante la crisis económica? FIDEG, Nicaragua.

Rubio M. (1997) Perverse Social Capital-Some Evidence from Colombia, *Journal of Economic Issues*, vol. XXXI, No. 3, 805-816.

Sassen S. (1991) *The Global City: New York, London, Tokyo*. Princeton University Press, Princeton, New Jersey.

Scott A. MacEwan (1986) Women and Industrialisation: Examining the 'female marginalisation' thesis, *Journal of Development Studies*, 22:4, 649-80.

Sen, A. (1984) *Resource Values and Development*, Harvard University Press.

Sen, A. (1987) Gender and Co-operative conflicts, World Institute for Development Economics Research, Working Paper 18, Helsinki.

Sen, A. (1990) Gender and Co-operative conflicts in Irene Tinker (ed) *Persistent Inequalities: Women and World Development*, Oxford UP, New York.

Sen, A. (1999) *Development as Freedom*, Oxford University Press.

Warren, C. (1988), *Gender Issues in Field Research*, Qualitative Research Methods Series 9, Newbury: Sage.

Wood, A (2000) 'The ABC of the PRSP?' Bretton Woods Update, April 2000, <http://www.brettonwoodsproject.org/update/index.html>

Wratten, E. (1995) Conceptualizing Urban Poverty, *Environment and Urbanization*, 7:1, 11-36.